

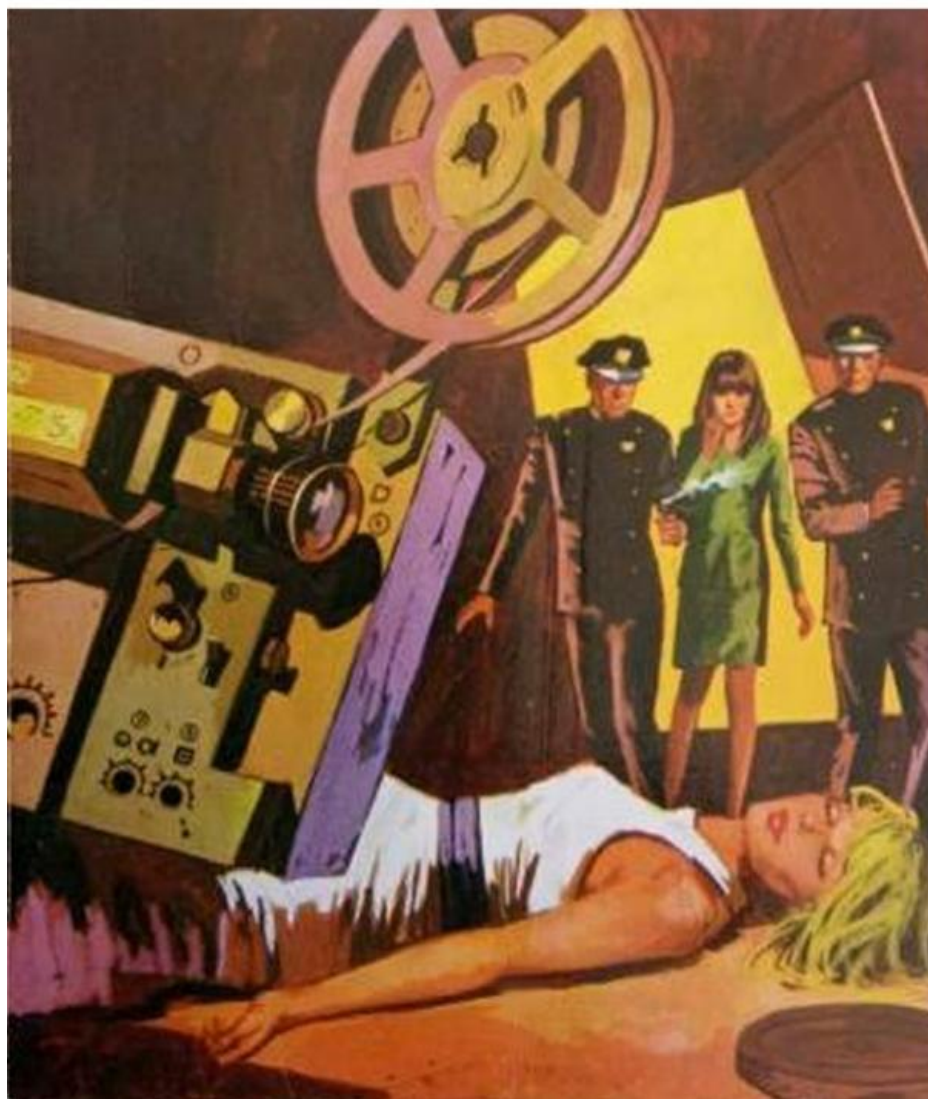
BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
**PUNTO
ROJO**

la dama de oro

curtis garland



COLECCION

PUNTO ROJO



CURTIS GARLAND

LA DAMA DE ORO

Colección PUNTO ROJO n.º 480

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 19.782 - 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: julio, 1971

© CURTIS GARLAND - 1971
sobre la parte literaria

© ENRIQUE MARTIN - 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.090. — El crimen pinta *posters*.

En Colección **PUNTO ROJO:**

476. — Pasaje hacia la noche.

CAPITULO PRIMERO

—Protección... No me gusta el trabajo, Moss.

—¿Y quién ha dicho que tenga que gustarte, Frank? Sencillamente, es la tarea que te asigno. Eso es todo.

—Pero Moss, nunca me agradó actuar de gorila, guardaespaldas o como quieras llamarle. No me va...

—Esta vez tendrá que irte. No tengo a ningún otro que pueda ocuparse del trabajo. Claro que puedes elegir entre eso o cambiar de aires. Pero te advierto, para tu gobierno, que no sobran los empleos hoy en día, muchacho.

—Diablo, Moss, no hay que tomárselo así —rezongó Frankie, irritado—. Sólo he dicho que la tarea no es de mi gusto. Pero si no hay otro remedio...

—No hay otro remedio.

—Bueno, en ese caso no he dicho nada.

—Eso está mejor, Frankie —suspiró satisfecho Moss—. No me gustaría tener que prescindir de ti, solo por una obstinación sin sentido. Ya te dije que no tenía a otro mejor, y eso es porque tu trabajo de protección es sumamente especial.

—¿Especial? ¿En qué sentido?

—Lo sabrás a su tiempo —bostezó Moss, con aire apático—. Me gusta hacer las cosas con método. Y me han encarecido muy especialmente la máxima discreción en el asunto, hasta el último momento...

—Hasta el último momento... —farfulló Frankie—. Supongo que no tendré que proteger al presidente de Estados Unidos.

—Muy gracioso. Recuérdame luego que debo desternillarme de risa —Moss enarcó las cejas y luego hizo un gesto abrupto—. ¡Vamos, dejadme ya todos en paz! Tengo cosas importantes que hacer; mucho más importantes que escuchar vuestras tonterías. Será mejor que os dediquéis a los asuntos pendientes, excepto tú, Frankie, que esperarás instrucciones en el club de Reggie. ¿Conforme?

—Conforme —suspiró Frankie—. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Así me gusta —habló sarcástico Moss—. Mi gente es de una disciplina que asusta, malditos bastardos seáis todos...

Y cuando pegó un puñetazo violento en la mesa, terminó con la reunión. Era un claro indicio de que Moss estaba irritado, y eso acostumbraba a terminar en borrasca. Sus hombres le conocían bien. Lo suficiente para dejarle tranquilo justamente cuando las circunstancias así lo exigían.

Frankie Reno abandonó las amplias y modernas oficinas de la Import and Export Foods Co, empresa dedicada, como su nombre decía bien claramente, a importar y exportar alimentos de todas clases, aunque Frankie jamás había visto una de esas importaciones o exportaciones, salvo en albaranes y facturas de supuestas partidas de productos alimenticios. Como pantalla, era bastante buena. La prueba es que nadie hasta entonces había tenido la ocurrencia de sospechar algo distinto.

Tenía abajo su automóvil, un «Chevrolet» negro y gris de modelo reciente. Subió al coche, tomando el volante. Se alejó sin prisas, preguntándose qué nueva idea se cocinaba en la mente sinuosa de Moss Blodell, director-gerente de la Import and Export. No era habitual que se dedicasen a proteger a nadie. Y él, menos que ninguno. No era su fuerte. Lo eran las mujeres bonitas y mundanas, los clubs nocturnos, el juego y todo eso. Pero protección... Se preguntó si Moss no empezaba a chochear ya, aunque no fuese lo bastante viejo para sospecharlo así.

—Al diablo con eso —masculló, contrariado—. Pudo elegir a Tony Spadaro o a Ruddy West, pero a mí... Cada vez lo entiendo menos. Y, ciertamente, cada vez me gusta menos.

Frankie Reno se movió por la ciudad sin apartar de sí la idea ridícula de que a él lo destinasen a cuidar de la seguridad de alguien, por importante que ese alguien pudiera ser.

Reno se hubiera sorprendido seguramente mucho más si hubiese sabido que, en aquel preciso momento en que él se quejaba con amargura de su ingrato papel en el asunto, otras personas, mucho más importantes que Moss y que él, discutían acerca de la misma cuestión, aunque enfocándola de modo muy distinto...

* * *

—¿El *Galaxia*? ¿Se llama realmente así?

—Así se llama, Vic. El *Galaxia*...

—Es un nombre raro, ¿no?

—Su ocupante también es raro. Usted se dará cuenta de ello apenas toque territorio americano.

—¿Y mi misión consistirá...?

—En evitar que nadie se aproxime a ese avión, en cuidar hasta el máximo su seguridad y la de sus ocupantes. Otra cosa, podría ser funesta para todos nosotros, Vic.

—Sinceramente, no lo entiendo.

—Ni hace falta que lo entienda. Es orden del Pentágono y de la Casa Blanca directamente. No hay objeciones, Vic.

—No hay objeciones... Bien —suspiró Víctor Madden, de la Oficina Federal de Investigación—. A la orden, señor.

—No quiero que me vea como un tirano —sonrió comprensivo el inspector federal encargado de su departamento—. Soy solo un hombre que acata órdenes superiores y he recibido la especial indicación de que aplique el mismo sistema a los demás.

—Lo entiendo, señor. Simplemente, estaba bromeando.

—Pues el asunto no es ninguna broma. Mil millones de dólares jamás son una broma, Vic.

Madden soltó un largo silbido entre dientes, sacudiendo la cabeza. Luego, manifestó apaciblemente:

—Mil millones de... Cielos, ¿existe esa suma en alguna parte que no sea fuerte Knox? {1}

—Al parecer, existe. Ese avión tiene la clave, muchacho. Y, lo que es más importante, tiene el dinero.

—¿El avión?

—Bien, no exactamente eso, pero se le aproxima bastante, hijo.

—Confieso que no lo comprendo muy bien, inspector Speed.

Clint Speed, inspector-instructor especial de la Oficina de Investigación del Gobierno, sonrió comprensivo. No parecía sorprenderle en absoluto que su camarada y subordinado, el inspector de Seguridad Nacional Víctor Madden, del FBI, se sintiera algo desconcertado ante este caso. Él sabía, mejor que nadie, que la sola mención de mil millones puede desorientar a cualquiera. Además, en el asunto había otros factores poco corrientes, que hacían aún más compleja la cuestión.

—En ese avión, Vic, viene alguien importante. Muy importante.

Lo dijo Speed sin detener la marcha del automóvil deportivo, color crema, por el centro de la ciudad, entre las altas palmeras del paseo marítimo y el blanco deslumbrante de los hoteles de lujo. El día era soleado, aunque no excesivamente cálido, y las mujeres que cruzaban los pasos cebrá hacia las playas doradas del litoral, lo hacían en bikinis espectaculares, confeccionados con ínfima cantidad de ropa.

Miami Beach era hermoso en aquella época del año. Muchos turistas iban allí a invernar. Turistas millonarios, se entiende. Pero Víctor Madden no había oído hablar de ninguno que tuviera mil millones de dólares en su cuenta corriente. A no ser...

—¿Algún dirigente de Oriente Medio? —indagó—. ¿Un rey del petróleo en Irak, Irán o algún país así?

—Frío, frío —rio Speed, al parecer divertido con la charada—. No, Vic. No se trata de ningún emperador de Oriente Medio, ni tampoco de ningún jefe de Estado de países ricos en petróleo. Es algo que nunca imaginaría si no se lo digo claramente, muchacho.

—Bien, ¿y a qué espera para decírmelo? —se detuvieron ante un semáforo, el tiempo justo para que dos bañistas del sexo femenino, altas y morenas, cruzaran la calzada, camino de un balneario. Víctor Madden silbó entre dientes, y ellas giraron la cabeza, riendo.

Speed puso de nuevo el coche en marcha, cuando el ámbar cedió paso al verde. Se alejaron, siempre circundando el cinturón de asfalto, hoteles y palmeras de Miami Beach.

—Chicas bonitas —comentó el inspector—. Se dice que las más bellas del mundo se reúnen en Miami. Quizá sea exagerado, pero no hay duda de que se ven bellezas.

—¿Si se ven? —suspiró Madden—. Aparecen por todas partes.

—Y a usted le gustan todas —rio Speed.

—Bueno, digamos que casi todas —soltó Vic la carcajada jovialmente.

—Me alegra que le agraden las chicas. Pero sin enloquecerle.

—Señor, soy un agente federal —rechazó vivamente Vic—. Tengo serenidad siempre.

—Perfecto. Entonces, puedo confiar en usted. Espero que ella no le dé motivos jamás.

—¿Ella?

—Sí. Todavía no se lo había dicho, ¿verdad? Ella, Vic... La persona poseedora de mil millones de dólares como mínimo, y que ocupa el avión *Galaxia*... «es una mujer».

* * *

Era una mujer.

Mejor pudo haber dicho Speed que eran dos mujeres. No las propietarias del fabuloso capital mencionado, sino las ocupantes del *Galaxia*.

Dos mujeres, cómodamente sentadas en la cabina rosa del fantástico, impresionante avión que ahora surcaba los cielos americanos, sobre aguas territoriales americanas, y escoltado por una escuadrilla de aviones de combate norteamericanos.

La cabina rosa era igual a la cabina verde y ligeramente menos suntuosa que la cabina azul. Pero cualquiera de ellas hubiera satisfecho el sueño de un emperador, de un mandarín fabulosamente rico, o de un

magnate caprichoso hasta el máximo.

El avión tenía la capacidad de un corriente reactor de pasajeros. No era un Boeing 707, pero se le parecía mucho. Sólo que, exteriormente, tenía un radiante color azul, con bandas de plata. E interiormente, hubiera podido ser la versión moderna de un palacio de Las Mil y Una Noches. Desde las cabinas de los pilotos hasta los lavabos suntuosos, pasando por las cabinas rosa, verde y azul, con sus confortables asientos, sus muelles divanes, su suelo alfombrado, sus paredes tapizadas, sus detalles de ornamentación, como peceras con cámaras especiales de vacío, para mantenerlas intactas en el aire, sus muebles-bar, su tocadiscos de estereofonía, su circuito especial de televisión interior, con programas grabados especialmente en video-tape para ser proyectados dentro del fantástico aparato...

En suma, todo allí era deslumbrante y costoso. Especialmente la cabina azul, donde la propietaria del avión acostumbraba a recibir a sus visitas a bordo, o bien de donde ella salía al exterior, captada por miles de cámaras de noticiarios, fotografías de reporteros y cosas así. Para todo el mundo, cuando Vivian Velda salía del superavión

Galaxia, de matrícula estrictamente privada y de nacionalidad indefinida, aquel era solamente un avión de lujo, un capricho costosísimo de joven multimillonaria. Nadie pensaba que dentro de tanto confort, pudiese haber excepcionales medidas de seguridad, personas armadas, controles, sistemas de alarma, y defensas insólitas, diseminadas por todo el avión. Y, sin embargo, era así.

Si alguien trataba de atentar contra la vida o la seguridad personal de Vivian Velda, la multimillonaria más joven y hermosa del mundo, ese alguien comprobaría enseguida que allí nada se había dejado al azar. Que había armas secretas eficacísimas, ojos vigilantes tras las cortinas y tapizados suntuosos, y sistemas de detección electrónica, que acusaban enseguida la presencia de algún arma en poder del visitante.

Habitualmente, Vivian Velda no necesitaba de todos esos recursos personales, porque cada Gobierno, cada estado que visitaba su avión, tomaba previamente toda clase de medidas de seguridad que respondieran de la persona de Vivian Velda.

—¿No será arriesgado? —preguntó su acompañante en el vuelo, clavando sus ojos en ella, pensativamente.

—¿Arriesgado? ¿Qué? ¿Visitar Estados Unidos?

—Todo. Eso... y lo demás, señora.

—Hay que correr riesgos a veces —suspiró Vivian Velda, encogiéndose de hombros—. Si no, la vida sería terriblemente aburrida. Especialmente, mi vida.

—¿Existen motivos para hacer lo que ha de hacer, señora?

—Existen, sí —afirmó lentamente Vivian Velda. Su mirada se fijó

ahora en su secretaria, Ingrid Thule. Con extraña intensidad—. Pero tú no debes preocuparte por ellos. Son cuestión mía, Ingrid.

—¿No serán también, según los casos, también un poco míos, señora?

—No, Ingrid —movió ella, pensativa, su negro, azulado cabello, largo y terso—. Creo que nada de lo que pueda suceder en un inmediato futuro, podrá afectarte a ti. Y si así sucediera, te defendería de igual forma que si se tratase de mí misma.

—Eso lo sé. El peligro estará en que no pueda defenderse o defenderme eficazmente, señora. En Estados Unidos, hay tanto *gángsters*, tanto peligro suelto...

—Tenía que hacer este viaje, Ingrid, y tenía que hacer alto en Estados Unidos. Ser la mujer más rica del mundo, tiene sus inconvenientes. No siempre puede una hacer lo que realmente quiere. Empieza teniendo el dinero a sus pies... y termina una esclavizada por ese mismo dinero, que envuelve igual que una dorada red todos nuestros movimientos.

—Cualquiera, que la oyese hablar, pensaría que no es feliz con esos millones —sonrió Ingrid Thule.

—Cierto —aceptó Vivian, moviendo enfáticamente su cabeza. Y bien cierto, querida Ingrid. Tú solamente debes preocuparte de hacer tu trabajo de secretaria y confidente mía. Cobras por ello, vives cómodamente, no sufres preocupaciones de ningún género. Yo, en cambio...

—Sí, imagino que así debe ser. Tener mil millones, puede ser como una pesada cadena de oro puro que una arrastra toda la vida consigo.

—Mil millones... —Velda rió entre dientes, burlona. Pareció ensimismarse en la contemplación de los reflejos de la rosada luz ambiente en el oro hilado, sedoso y deslumbrante, de la corta cabellera de Ingrid Thule—. Eso es lo que dice el populacho, Ingrid. Las revistas populares, los reporteros baratos e incluso mucha gente responsable ha llegado a pensar que es así.

—Debí imaginarlo —suspiró Ingrid—. No puede poseerse una fortuna tan inmensa, tan increíble...

—Te equivocas, Ingrid. Cuando mi padre murió, su herencia fue exactamente de esa cantidad; mil millones de dólares. Cuatro mil millones de francos suizos. Sesenta mil millones de pesetas, seiscientos mil millones de libras... Algo que marea a la gente, quizá porque en el fondo no se da cuenta de que todo ello no son sino cifras, enormes masas de dinero que nunca se llegan a utilizar realmente. Yo, Ingrid, tuve visión para invertir sumas enormes, por pura diversión en apoyar a ciertas economías nacionales relativamente débiles. Mi fortuna evitó a veces bancarrotas de Gobiernos y países, e incluso sangrientas revoluciones. Algo que jamás haría, es financiar revueltas o armar facciones enemigas de un estado. Creo que cada país es soberano en esa cuestión, y debe zanjar sus cuestiones sin ingerencias extrañas. Pero apoyar lo legalmente establecido, me parece

honesto. Y rentable. Los países ayudados, pagaron escrupulosamente sus empréstitos y sus intereses. He calculado, Ingrid, que hoy en día vengo a poseer, aproximadamente, el doble de la suma heredada entonces.

—¡Dos mil millones de dólares! —se estremeció Ingrid Thule, sofocada—. ¡Cielos, señora...! ¿Es eso posible?

—No puedo decirte si desgraciadamente o afortunadamente, pero es cierto —convino la mujer más rica del mundo. Incluyó luego la cabeza, pensativa—. Y ahora, ya ves. Debo detenerme en Estados Unidos, me guste la idea o no.

—¿También los americanos necesitan que usted les preste algo?

—No, no —rió Vivian Velda, de buena gana—. Ellos son lo bastante ricos para no necesitar me en absoluto. Soy yo quien debe buscar algo en Estados Unidos.

—¿Usted? Entonces es seguro que lo encontrará...

—No lo creas —rechazó lentamente Velda—. A veces, no todo es fácil encontrarlo, Ingrid, ni siquiera nadando en oro puro.

—Me resulta sorprendente oír eso. Imaginaba que el dinero abría todas las puertas.

—Hay algunas, Ingrid, que permanecieron cerradas para mí durante toda la vida. Ahora... ahora he venido a ver si logro abrirla. Pero no estoy segura de que ello sea posible.

—No entiendo...

—Es difícil de entender. Y, sin embargo, una vez sabido, resulta tremendamente sencillo. Tenía que venir a Estados Unidos, Ingrid, porque yo he recorrido ya medio mundo, en busca de una misma cosa. Y jamás la encontré. Es posible que sí lo encuentre aquí. Muy posible...

Hizo una pausa meditativa. Sus ojos se entornaron, reflexivos, como lejanos. Luego, bruscamente, sonó la voz de su secretaria inseparable, Ingrid Titule:

—Nunca me dijo que buscara algo...

—¿Para qué iba a hacerlo? No es fácil que puedas ayudarme. Tal vez aquí, en Estados Unidos, sea distinto. De cualquier modo, debes saberlo. Ahora, con más motivos que nunca. Ingrid, yo... «yo me busco a mí misma».

—¿Cómo? —se asombró la joven secretaria.

—Has oído bien. Vivian Velda busca a Vivian Velda. Busco mi pasado, Ingrid. Busco «mi propia vida». Mi propio yo...

CAPITULO II

—Busca su propia vida... No logro entenderlo.

—Es bien sencillo. Vivian Velda heredó una fortuna de mil millones. Su padre le dejó esa increíble suma, sin más explicaciones, al nombrarla heredera universal de sus bienes. Luego, muchos años más tarde, Vivian Velda ha sabido la insólita verdad.

—¿Qué verdad?

—Que aquel hombre, no era su padre.

—¡Cielos, no!

—Aquel hombre, el único a quién ella conoció, porque su madre murió cuando ella tenía dos años, era solamente su padrastro, el hombre que la había cuidado y protegido toda la vida. Su madre se casó dos veces. Pero nadie supo con quién fue su primera boda, porque utilizó un falso nombre que jamás fue localizado. Sólo se tienen noticias de su matrimonio con Christopher Velda, que fue quien le dejó todos los bienes. Tampoco él supo nunca quién fue el anterior marido de su esposa, el padre de Vivian, que desapareció sin dejar siquiera su apellido a la niña. Quizá por eso, en venganza, la madre ocultó siempre aquel nombre odiado, y lo borró de su propia mente y, naturalmente, jamás lo inculcó a su hija Vivian. Hoy en día, Vivian Velda sabe quién fue su madre, y sabe quién su padrastro, el autor de que hoy sea ella la mujer más rica del mundo. Pero, ¿cuál es su verdadero apellido, cuál su familia, cuál su origen? Es su pasado, su vida misma. No se sentirá satisfecha hasta saber la verdad sobre esa zona de sombras de su existencia.

—¿Para qué quiere saber quién fue su padre? No tiene sentido, si la abandonó, negándole incluso su nombre, y no preocupándose jamás de ella ni de su madre...

—Ella quiere saberlo. Nada se resistió hasta hoy a su dinero. ¿No es justo que desee conocer aquello que ni su gran fortuna pudo jamás aclarar? Una sola puerta permanece cerrada en la existencia de Vivian Velda. Le sobran tiempo y dinero. Es humano preocuparse por ese aspecto enigmático de su vida y de su origen.

—¿Y espera que, precisamente en Estados Unidos...?

—Confía que, precisamente en Estados Unidos, halle la respuesta. Quizá porque su madre se hizo ciudadana norteamericana, y cree que puede ser un rastro. Pero la búsqueda no se ha limitado a esto. Ella ha

visitado ya más de doscientos países, en busca de ese rastro.

—La clásica aguja en el no menos clásico pajar —suspiró Víctor Madden.

—Más o menos —convino Ingrid Thule sonriente, agitando el dorado, corto cabello, que tanto contrastaba con el bronceado de su piel, aunque no con el verde profundo y vivaz de sus ojos—. Usted, naturalmente, no creo que pueda ayudarla mucho.

—Naturalmente. Mi Gobierno no me encargó que buscara el hilo del ovillo perdido en el pasado de Vivian Velda. Solamente debo cuidarme de ella, de su seguridad personal, en tanto pise territorio norteamericano.

—Lo suponía —Ingrid miró con simpatía a Madden—. No voy a molestarle más. Le dejaré que hable con ella y le exponga su situación. Entenderá fácilmente. Ya está habituada a que, cuando llega a cada país, haya agentes del Gobierno velando por su seguridad personal. Es algo inevitable, como muchas otras cosas que produce el ser demasiado rica.

—Me alegra que usted sea tan comprensiva, señorita Thule.

—Mi señora también lo es, no lo dude. Sólo que vive un poco agobiada. Nunca lo entendí bien, pero al parecer, el dinero fastidia un poco, cuando se tiene en exceso.

—Dos mil millones dijo usted... —un escalofrío recorrió el cuerpo atlético de Víctor Madden, erguido en medio de la cabina azul del *Galaxia*, en el aeropuerto internacional de Miami—. Sí, creo que una cifra así, debe pesar como una losa sobre cualquiera. Y más, encima de los hombros de una mujer...

—Una mujer... —suspiró Ingrid Thule, que poco antes había aparecido, impecable, con la severa elegancia de su vestido, tan azul como la propia decoración de la cabina, para recibir a Víctor Madden, del FBI, que tenía prioridad absoluta sobre cualquier periodista o personalidad que acudiera a Vivian Velda. Ingrid concluyó, pensativa—: Ella no es, de todas formas, una mujer cualquiera, puede creerlo.

—La creo. Nadie es un cualquiera, con dos mil millones detrás...

—No me entiende. Ella, Vivian Velda, es diferente a muchas mujeres, pero no por su dinero. Es más, ella quisiera sentirse libre de esa clase de sello que supone ser la mujer más rica del mundo. Desearía ser, ante todo, Vivian Velda, la mujer. No Vivian Velda, la multimillonaria, la dama de oro de los tiempos modernos.

—Hay cosas a las que es difícil sustraerse. El dinero es una de ellas, y bastante importante.

—Ella lo sabe. A veces, gustosamente se cambiaría por mí o por cualquier otra vulgar mujer de cualquier estamento social, señor Madden. Pongamos, por caso, el amor y el matrimonio. ¿Cree realmente que ella se sentirá jamás segura de un hombre, si éste se enamora de ella, sabiendo él la fortuna inmensa que posee? ¿Será feliz al

casarse, preguntándose toda la vida si aquel marido buscó una esposa de carne y hueso o un simple maniquí de oro puro?

—Ese problema existe desde que el mundo es mundo, señorita Thule.

—Pero en ella se agudiza hasta límites terribles. Va en proporción elevada, conforme al número de millones que se poseen.

—Millones, millones... —suspiró Vic, cansado—. Créame, uno termina aburriéndose incluso simplemente de oír hablar de ellos. Soy inmensamente feliz con mi sueldo de agente federal, aunque a fin de mes siempre ando justo, y mis ahorros son los corrientes en un hombre solo, soltero y sin problemas. Es delicioso, después de oír hablar de los problemas de su señora, echar uno cuentas y ver que apenas si tendrá para las próximas vacaciones en un lugar solitario, pescando truchas y escuchando música en una radio portátil...

Ingrid Thule se echó a reír. Asintió, entornando soñadoramente los ojos.

—Sí, creo que eso es felicidad, señor Madden. Yo misma me siento feliz y sin problemas. Y mi sueldo, aunque es muy bueno, tampoco me permitirá llegar nunca a ser rica...

—La felicito. Estamos en igualdad de condiciones. ¿No podría escoltarla a usted en vez de hacerlo con la señorita Velda?

—No, no —rió Ingrid, halagada—. Supongo que mi vida ni interesa ni preocupa a nadie. Sin embargo, raptar a Vivian Velda, pongamos por ejemplo, sería un auténtico desastre internacional. Hay aún muchos países, muchos Gobiernos que dependen de sus empréstitos, de su ayuda financiera. Todos ellos pondrían el grito en el cielo. Y si algo le sucediese en territorio norteamericano, no quiero ni pensarlo. El antiamericanismo mundial iba a tener buena tajada para cortar.

—No me hable de eso —se estremeció Madden—. El viejo sería capaz de expulsarme automáticamente del FBI, si algún peligro amenazaba a Vivian Velda, por negligencia mía.

—Pues ya sabe: vigile a su dama, no a mí —sonrió Ingrid—. Después de todo, usted no debe conocerla aún...

—No, no la conozco. Su señora es muy enemiga de fotografías. En los noticiarios y reportajes gráficos, siempre aparece borrosa, con sus gafas de sol, con algún atuendo que emborrone su físico... A veces, he llegado a pensar si será una mujer fea.

—¿Fea? —Ingrid Thule se echó a reír de buena gana—. No, no. Ella no tiene complejos en ese sentido.

—¿Entonces...?

—Piensa que, siendo menos conocidas sus facciones, siempre peligrará en menor escala. Forma parte de su esclavitud al oro en que está nadando desde que murió Christopher Velda. Pero ya le dije antes que no va a ser para usted ningún sacrificio escoltar a mi señora. Es hermosa. Muy

hermosa, créame...

—¿Cómo usted? —dudó abiertamente Víctor Madden, clavando en ella sus ojos.

La nórdica secretaria de la millonaria, se turbó ligeramente. Desvió sus ojos, encogiéndose levemente de hombros.

—Digamos, más bien, que es una belleza diferente. Morena, más... más sensual que yo.

—Eso va a ser difícil. Y se lo digo yo, que entiendo de mujeres.

—De todos modos, no se sentirá defraudado, créame.

—Así sea. Pero sigo insistiendo en que, a no dudar, sería infinitamente más grato protegerla a usted que a ella...

—Palabras nada amables, señor federal. Casualmente, Vivian Velda soy yo y no ella —sonó glacial la voz, a espaldas de Víctor—. Y es a mí a quién tiene usted el deber de proteger...

Sobresaltado, Víctor Madden giró la cabeza. Ingrid suspiró, como aceptando algo que, inevitablemente, se había echado el propio federal encima. La mirada de la mujer morena, de largo cabello lustrado, casi azul, como la luz al reflejarse en el plumaje de un cuervo, reveló una helada, severa resolución en cualquier cosa que ella pusiera verdadero empeño.

Era hermosa, ciertamente. Muy hermosa. Con tez bronceada, como la propia Ingrid, pero con el cabello intensamente negro, los ojos, en contraste, de un gris casi pardo, boca carnosa y figura arrogante y llamativa, envuelta en costosas sedas naturales, de color fresa. Joyas delicadas, de platino y diamantes, salpicaban acá y allá, muy discretamente, la arrogancia vital de la multimillonaria más grande de la tierra.

Esa mujer era Vivian Velda, la excepcional dama a quien Víctor debía proteger durante su permanencia en el país. Vivian Velda, dueña de dos mil millones de dólares. Vivian Velda que, realmente, y como dijera poco antes su secretaria, era, además, una hermosísima mujer...

—Disculpe, señorita Velda —se excusó cortés pero frío el agente del FBI—. Le pido mil disculpas por mi impertinencia. Ciertamente, lo primero para mí, es mi deber de policía, al margen de cualquier preferencia.

—Señora, él es Víctor Madden, de Seguridad Nacional del FBI —señaló discretamente Ingrid, interviniendo en la conversación.

—Aún no puedo asegurar si es un placer conocerle o no, señor Madden —se expresó con altivez Vivian—. De cualquier modo, usted parece estar muy seguro de que mi atractivo, al lado del de mi secretaria, dista mucho de complacer a los hombres.

—No la conocía entonces, cuando dije eso. Y me permití poner en duda la aseveración de su secretaria. Sinceramente, ahora que veo a ambas reunidas, no voy a decir que usted sea más hermosa que ella. Mentiría porque en este momento, me sería muy difícil definirme por ninguna de

ustedes dos. Lo cual, en el fondo, significa que la señorita Thule tuvo razón. Además de poseer todo el oro del mundo, usted es muy hermosa, señorita Velda. Creo que a bordo de este avión, he visto a las dos mujeres más hermosas que vi jamás.

—Muy amable —sonrió Ingrid—. Gracias, señor Madden.

—No siento ningún prejuicio contra la belleza ajena, puede creerme —habló la multimillonaria suavemente, sin expresión alguna en su hermética mirada—. Y menos contra Ingrid, a quién estimo como si fuese una hermana mía. No le daré las gracias por sus cumplidos, señor Madden. Pero habida cuenta de que parece usted bastante sincero, agradezco en lo que vale su comentario. Ahora, olvide todo eso de la belleza y ocúpese de su asunto: cuide de mi vida, señor Madden.

—Lo haré gustoso. He sido seleccionado para ello por mis superiores, aunque nunca creí tener cualidades especiales para ello.

—Tendrá que vivir siempre alerta, señor Madden. Creo que mucha gente en su país va a intentar borrarle del mundo de los vivos.

—¿Está usted segura? —se asombró Víctor.

—Muy segura —suspiró ella—. En este mismo momento, ahí afuera, al pie de la escalerilla de mi avión, una nube de reporteros aguardan mi salida. Bien. Eso no tiene nada de particular, ¿no es cierto, señor Madden?

—Efectivamente, no creo que lo tenga. Es usted popular, admirada...

—Bien. Lo que sí resulta muy particular, es que uno de los supuestos reporteros lleve consigo un arma, una automática de calibre «45» nada menos, en una funda sobaquera, en su axila zurda y que un fotógrafo de Prensa esté dispuesto a oprimir el disparador de su cámara al salir yo, pero no para tirar una placa, sino para accionar contra mí un dispositivo mortífero...

Madden lanzó una imprecación, empuñó su propia arma, y avanzó hacia la puerta del avión, dispuesto a comprobar aquella observación tan disparatada.

Apenas abrió la puerta del avión, formuló una orden, con voz potente:

—¡Agentes federales! ¡Bloqueen la pista de aterrizaje y registren a los periodistas, incautándose de todas sus cámaras!

Luego, una potente cámara fotográfica con teleobjetivo, se alzó en manos de un reportero. Le apuntó a él. En vez de aparecer un fogonazo de flash, brotó, en medio de un estallido, una formidable bola de fuego que se dirigió, mortal, hacia el agente del FBI.

* * *

Aún no había entendido nada Víctor Madden, pero su instinto le dijo en ese fugaz instante que Vivian Velda había tenido mucha razón al

asegurar que existía una cámara que no era lo que parecía. Y se arrojó escalerillas abajo, en cuanto zumbó en el aire aquella especie de *bazooka* enfilado hacia él.

La granada que disparara el supuesto teleobjetivo, transformando súbitamente en tubo disparador contundente, se estrelló violenta, en medio de formidable llamarada, sobre la portezuela del avión, desgajando el fuselaje de plata y azul, pero sin provocar mayores daños. Para entonces, Madden estaba ya boca abajo, al pie del aparato, con su arma en la mano, buscando desesperadamente al falso fotógrafo del arma mortífera.

La confusión era enorme en la pista de aterrizaje del aeropuerto internacional de Miami. Los agentes federales requeridos poco antes por la voz de Víctor, corrían a bloquear las salidas, para impedir la fuga del fracasado agresor. Este, arrojada a un lado la cámara, intentaba confundirse con la mezcla de personas diversas allí agrupadas, y tenía bastantes probabilidades de éxito. Las hubiera tenido, al menos, de no suceder lo inesperado.

Del mismo interior del grupo, brotó una detonación seca, apagada por algún silenciador. Un hombre se agitó, convulso, con un grito ronco. Madden vio agitarse a un individuo de sombrero color *beige*, americana de hilo y pantalón gris perla, capaz de confundirse con mayor facilidad con todos los demás personajes presentes en el aeropuerto.

Madden corrió a reunirse con el hombre, que ya caía: rodillas, vomitando sangre. El federal, con su arma dispuesta por cualquier circunstancia, se inclinó sobre él. Descubrió un rostro vulgar, unos ojos mortecinos por la agonía. Le miró el hombre y solamente balbuceó unas palabras en apariencia incoherentes, pero que a Madden le aclararon muchas cosas:

—No sé quién pudo... Yo... la cámara... Tenía que hacerlo. Era... era la orden, y nadie desobedece a... a De... a De...

Vomitó una bocanada de sangre, y se vino abajo. Madden le examinó, aunque sabía que era en vano. El hombre había muerto. Sobre la solapa, llevaba un distintivo, una tarjeta de identificación verde: Prensa. Fotógrafo. 1.247.

Seguramente sería falsa, o robada a alguien. Era el apuesto fotógrafo. Muerto. Madden estudió el orificio en su espalda. Un balazo. Un diestro balazo, a media distada. Los pulmones perforados. La muerte segura.

Muerte con silenciador... Miró en torno, ceñudo. Quién había disparado y por qué? Los federales no fueron. Ellos no utilizaban silenciador. Ni tampoco un «45», como debía ser el calibre de la automática, a juzgar por el orificio.

Acaso Vivian tenía guardaespaldas. Pero no pudo darles tiempo a ninguno a salir del avión. Y el disparo o se había hecho desde allí.

Se unió a dos federales. Meneó la cabeza, intrigado.

—Que registren a todos los presentes —pidió—. Alguien lleva una automática «45», con silenciador. Localizadla.

—Bien, Madden —asintió uno de sus compañeros del FBI.

Algo le decía a Víctor que iba a ser una búsqueda inútil. Y así fue. Al menos, en parte. La automática, una «Smith & Wesson» calibre 45, con tubo silenciador, apareció bajo las ruedas del *Galaxia*. Sin huellas al parecer. Su dueño utilizó guantes. No había nada más, y el hombre podía ser cualquiera. Había al menos doscientos allí. Si obligaba a la prueba de la pólvora en las manos, se armaría un buen lío. Todos protestarían y enarbolarían sus dichosos derechos civiles y todo eso. Era mejor no intentarlo.

Después de todo, el que disparó la «45» era culpable de homicidio, pero en un agresor criminal. La explicación a todo eso, estaba en el alero. Alguien intentó asesinar a Vivian Velda. Alguien, a su vez, dio caza al asesino fracasado, matándole en el acto. El porqué, era todo un misterio.

«Parece que Vivian Velda tiene enemigos en el país. Pero también buenos amigos —comentó para sí Víctor Madden—. Me gustaría que me aclarase eso. Y el hecho de que supiera de antemano que había una cámara con un arma mortal, y un hombre con pistola en la axila izquierda... Parece cosa de magia, pero dudo que Vivian Velda sea una bruja...»

* * *

No era brujería. Ella explicó la cuestión sin rodeos, con tal sencillez, en cuanto Vic Madden regresó a bordo del avión.

—Tenemos ojos electrónicos en la parte externa del fuselaje, donde parece haber simples luces de situación. Ellas controlan la existencia de armas de fuego, y las detectan, al igual que cualquier ingenio de percusión situado a menos de trescientos metros del avión. Así supe, por el computador, que existían un arma de fuego y una falsa cámara fotográfica, no lejos de aquí. No hay hechicería en todo ello, ¿verdad? Si acaso, solamente cibernética, electrónica y todo eso...

—La brujería del siglo XX, sí. Y los umbrales de la magia del XXI —suspiró Vic Madden, pensativo—. Está bien, eso lo explica todo. La felicito. Sus sistemas de seguridad son envidiables. Incluso para el FBI.

—Usted demostró gran agilidad y reflejos allá fuera. Le felicito, con cierta suavidad en su tono Vivian Velda. Estoy segura de que sus computadores y ojos electrónicos son muy superiores a los míos. Sencillamente, lo que ocurre es que yo debo mantenerme segura. Véalo, por favor.

Presionó una moldura, aparentemente normal e inocente, junto al asiento azul donde se acomodaba. Ocurrieron diversas cosas. Hubo como

un zumbido intenso en todo el interior del aparato. Vic trató de ponerse violentamente en pie, pero fracasó, y se sintió aherrojado al asiento, por algo invisible que parecía aplastarle contra el tapizado azul cobalto.

—¿Qué diablos...? —comenzó, irritado, sorprendido.

La luminosidad de la cabina azul se hizo intensamente violácea, zumbona incluso, en sus puntos de luz. Al mismo tiempo, se deslizó un panel en el muro, que parecía una vulgar cortina de terciopelo rojo, junto a un luminoso acuario, empotrado, donde se agitaban hermosos ejemplares de peces rojinegros.

Aparecieron hasta cuatro mujeres, todas ellas armadas. Cuatro mujeres sumamente altas, atléticas y nervudas. Parecían luchadoras de *ring*, con malla gris en sus largas piernas de recios muslos y nalgas rotundas. Un casco de acero y unas gafas azules protegían su cabeza y rostro. Las armas eran fusiles chatos, de indudable eficacia a corta y a larga distancia.

—Mi guardia personal —explicó satisfecha Vivian Velda—. Son mujeres, pero elegidas entre las más fuertes. Todas ellas, aparte de ir excelentemente armadas, dominan perfectamente el judo y el karate. La más alta y rubia, es cinturón negro. Son despiadadas, duras y correosas como hombres. Y crueles como mujeres... Tienen poco de femenino en sí. Pero me protegen contra quien sea, señor Madden. Es otro de mis recursos.

Pulsó de nuevo el resorte. La luz volvió a su normalidad, se apagó el zumbido y ellas, como frías estatuas de carne, regularon, perdiéndose de nuevo tras el panel. Madden resopló, recuperando el dominio de sí mismo y su libertad de movimientos en el asiento azul.

—Una guardia temible —aceptó el federal—. Pero, ¿qué me retenía en el asiento? ¿Una red invisible?

—Algo así —rió la multimillonaria—. Sencillamente, un cerco magnético que paralizó sus movimientos momentáneamente. Es otra de mis defensas.

—Enhorabuena. Todo perfecto, señorita Velda.

—Gracias. Debo cuidarme, ya se lo dije. Pero todos esos recursos no me sirven de nada cuando se trata de buscar mi pasado. Realmente, aún no sé quién soy.

—¿Importa mucho eso?

—No sé si importaría a otras personas. Yo tengo todo lo que ambiciono. Menos seguridad en mí misma, en mi origen. Es un capricho o una obsesión, no sé. De cualquier modo, creo que resulta humano. Deseo saber quién soy, quién fue mi padre, qué sucedió exactamente en mi hogar entonces. Se me ha resistido siempre. Eso excitó mis deseos de saber. No hay nada como sentirse defraudado, cuando se cree uno capaz de alcanzarlo todo, para que ese algo se ambicione más que nada en este mundo. Al principio fue una idea sin gran importancia. Simple curiosidad.

Ahora es más. Mucho más, señor Madden.

—¿Y cree que la clave está en nuestro país?

—No sé. He perdido ya la esperanza en ese terreno. Sencillamente, intentaré dar con ello. Es todo, créame...

—¿Y si fracasa de nuevo?

—Una decepción más no logrará hundirme. Buscaré con más ahínco si cabe.

—Quisiera poder ayudarla. Pero me temo que, aparte de no entrar en mi jurisdicción, sería incapaz de hallar lo que usted jamás encontró con... con todos sus recursos.

—Agradezco su buena voluntad. Límitese a protegerme. Eso será todo. Pero no se convierta en mi sombra, eso me molesta. Tengo mi guardia personal. Salgo pocas veces de mi avión o del hotel donde me alojo, con todas las seguridades previas tomadas. Usted podría acompañar a mi secretaria.

—¿A la señorita Thule?

—Es un modo como otro cualquiera de permanecer cerca de mí —rió ella—. Ingrid rara vez se aleja demasiado de mi persona. Y cuando lo hace, es porque no hay peligro inminente alguno, ni para ella ni para mí.

—Es la tarea más extraña que jamás emprendí —confesó Vic, meneando la cabeza—. Usted parece muy capaz de guardarse a sí misma, ¿no?

—Hasta ahora, no me fue mal. Y tengo enemigos, no lo dude. Todo el que triunfa, los tiene. Yo, más que nadie.

—Pero evidentemente, también tiene amigos. El hombre que disparó en el aeropuerto, pongamos por caso.

—Sí... —ella arrugó el ceño—. Y eso me preocupa, créame. Es raro.

—¿Raro?

—Exacto. Es la primera vez que visito su país. No conozco aquí a nadie. ¿Quién pudo tener interés en ayudarme, en deshacerse de mí agresor? ¿Lo sabe usted?

Vic Madden se encogió de hombros, perplejo.

—Créame, señorita Velda. Es lo que menos me logro explicar todavía —confesó, desorientado.

CAPITULO III

Moss Blodell se movió parsimonioso tras las mesas de juego. Abandonó la de ruleta, para pasear junto a la de bacarrá y póquer, estudiando con aparente indiferencia los naipes y los rostros de los jugadores, aunque cualquiera que conociese bien a Blodell, sabía que no se le perdía detalle de ninguno de los lugares que recorría en su deambular por el casino prohibido. El casino que él mismo regentaba, en Palm Beach. El casino donde se contravenían las leyes federales, jugando a cuanto estaba prohibido en el país.

Moss terminó su paseo junto a la caja donde se cambiaban dólares en billetes o monedas, por fichas de la casa, y viceversa, cuando alguien era lo bastante afortunado para salir con dinero en los bolsillos. Allí se volvió, parsimonioso, al hombre que había hecho tras él todo el recorrido, sin despegar los labios ni apremiar para nada a Blodell.

—¿De modo que lo hiciste, Frankie? —preguntó.

—Sí, Moss. Tal vez no era necesario, pero tuve que hacerlo. Aquel individuo de la cámara era un asesino.

Y la cámara, un lanzagranadas especial, dispuesto en honor de ella.

—¿Te sorprendió alguien?

—Nadie, Moss. Me deshice del arma junto al avión, por si registraban a todos los presentes. Y utilicé guantes. No hay modo de que sepan lo que ocurrió realmente.

—Lo celebro. Es mejor así, Frankie. Volverás esta misma noche junto a ella.

—¿Debo seguir de guardaespaldas? Ella parece protegerse muy bien por sí misma. Y ese federal, Víctor Madden, está junto a ella ahora. Parece que fue designado por el FBI para velar por la seguridad de Vivian Velda.

—Aun así, seguirás cerca. No te hagas notar demasiado. Y recuerda que lo del aeropuerto, puede repetirse en cualquier momento, y hay que tener los ojos bien alerta.

—Moss, la verdad es que no me disgusta vigilar a una mujer hermosa, por muy cargada de dinero que esté. Yo, al principio, ignoraba la naturaleza exacta de la cuestión, y por eso me molestó ser el elegido para ello. Luego comprendí que usted me designaba a mí por tratarse de una mujer. Pero, ¿qué interés tenemos nosotros en que esa dama forrada de oro

esté a salvo de atentados y peligros?

Moss Blodell le miró fríamente, con deliberada inexpresividad.

—Eso es cuenta mía, Frankie —dijo glacialmente.

Y no añadió más, encendiendo un largo cigarrillo que aplicó a su boquilla de plata, alejándose de nuevo hacia la ruleta. Frankie Reno suspiró. Un viaje de ida y vuelta en automóvil hasta Miami, por la costa de Florida, no era nada duro. Pero le hubiese gustado más quedarse en Palm Beach. Había algo en todo aquello que seguía sin gustarle. Incluso después de saber que la persona a quién tenía que proteger como un «guardaespaldas» profesional, era una mujer. Y una mujer de rara belleza y aún más rara fortuna, llamada Vivian Velda.

Hubiera preferido que Moss le contara la historia, la razón por la que él, un hombre dedicado siempre al juego, a las apuestas de caballos, y cosas así, se preocupaba de la mujer más rica del mundo y designaba a un hombre para ella. Un hombre como él, Frank Reno, de los de más confianza entre su grupo de profesionales de la pistola.

—Ni que fuera su hija —gruñó para sí, abandonando el casino clandestino, para regresar a su coche, aparcado cerca del hotelito de Palm Beach donde Blodell llevaba a cabo su negocio ilegal, y emprender la marcha, de regreso a Miami.

En esos momentos, Blodell se volvía a uno de sus hombres, que le indicaba respetuoso:

—Tiene usted una llamada telefónica, señor. De larga distancia. Es urgente.

—Está bien, gracias. Voy enseguida —respondió el *gángster*.

Se movió decididamente hacia un despacho interior, en el que se encerró, asegurando la puerta, antes de descolgar el aparato que tenía sobre la mesa.

—Aquí Blodell —habló cautamente—. ¿Quién llama?

—Soy yo, Moss. ¿No me conoce?

—¿Alexis?

—El mismo. Soy Alexis. Me enteré de que algo sucedía en el aeropuerto de Miami, hoy.

—Es cierto. Ha sucedido. Pero no debe temer nada. Ya le dije que me ocupaba del asunto. Mis hombres son expertos en proteger a cualquiera.

—En este caso, no se trata de «cualquiera», usted lo sabe.

—Claro que lo sé. No importa quién sea. Son gente capacitada para todo. Le repito que no tema en absoluto. Mi hombre intervino y liquidó a un agresor. ¿Eso le basta?

—Si —suspiró el llamado Alexis—. No sabía si fue un federal quien actuó, o uno de sus hombres...

—En realidad, y para serle sincero, intervinieron ambos. El federal descubrió al asesino. Mi hombre lo eliminó, sin dejar huellas de su acción.

—Perfecto. Se habrá dado cuenta de que no es un asunto fácil.

—Sí, eso veo. Me gustaría saber quién o quiénes tratan de deshacerse de esa mujer. ¿Lo sabe usted? Podría sernos de mucha ayuda conocer el dato.

—Lo siento. No sé nada. Estoy tan a oscuras como usted mismo en ese aspecto.

—Pero usted «sabía» que el hecho se iba a producir.

—Eso no significa nada, créame. No necesitaba ser adivino para conocer los riesgos que corre en estos momentos esa mujer. Pero lo que ignoro es la identidad, los motivos de alguien para atacarla. Sé que existen esos enemigos, pero no quiénes son. Por ello recurrí a ustedes. Sabe que pagaré bien. Tiene ya mi primer cheque por valor de diez mil dólares. Habrá veinte mil más, si Vivian Velda abandona el país sana y salva.

—Así será, no debe preocuparse, Alexis —Moss arrugó el ceño, haciendo bailar de lado a lado de su boca, entre los prietos labios, la boquilla de plata con el cigarrillo. Luego, manifestó acremente—: ¿No podría usted, al menos, romper su anonimato y decirme quién se esconde tras su apodo de Alexis?

—Lo siento. No se lo diré. Esto forma parte de nuestro convenio, recuerde.

—Lo recuerdo muy bien. Era solo que me gustaría trabajar sabiendo para quién lo hago, con exactitud, y qué es lo que debo prever.

—Trabaja usted para Alexis, y cobra treinta mil dólares si su tarea es acertada. Eso debe bastarle. Debe prever que alguien atente contra la vida o la libertad de una mujer famosa y rica. ¿No le basta, Moss? Además, conocer demasiadas cosas, resulta a veces peligroso.

—No para mí, Alexis —rió Blodell—. Soy yo quien supone peligro para los demás, no lo olvide.

—En su mundo, es posible. Pero está metido ahora en un mundo muy distinto, donde los millones de dólares lo son todo, y una vida no vale nada. En ese ambiente, incluso usted puede resultar increíblemente pequeño e insignificante, Moss, si alguien considera que peligra su persona por culpa suya. De cualquier modo, no sabrá nada más por ahora. No debe insistir en ello, ¿ha comprendido?

—Comprendido, sí... —suspiró Moss, contrariado.

—Esto es todo. Volveré a llamar si preciso informes. Hasta pronto, Blodell.

—Hasta pronto, Alexis.

Blodell colgó, para descolgar rápido, y marcar dos cifras solamente en el teléfono. Una voz se puso enseguida al auricular:

—Sí, jefe. Soy Rudy.

—¿Recogiste la llamada?

—Integra. He hablado ya con Spencer, que se ocupaba de la

interferencia. Está buscando ya el origen de la conferencia. Esperemos que la telefonista quiera cooperar. Le llamaré en cuanto sepa algo.

—Está bien —aceptó Moss, impaciente.

Colgó, fumando en silencio durante dos o tres minutos. Luego, zumbó de nuevo el teléfono. Descolgó con avidez.

—Escucho, Rudy —habló—. ¿Alguna noticia?

—Sí, patrón. La telefonista cooperó. Sobre todo, al ver el color de los billetes.

—Al grano. ¿Desde dónde llamó Alexis?

—Un teléfono público. Nada de números ni lugar. Desde Daytona Beach.

—Daytona... En Florida mismo...

—Sí, al parecer el pájaro no está lejos. Llamaré a Hank, que reside en Daytona. Puede investigar.

—Sí, que lo haga, aunque no creo que consiga gran cosa en ese aspecto. Alexis cuida su identidad con mucho tacto.

—De todos modos lo intentaremos. Claro que si utiliza siempre teléfonos públicos... Pero se puede hacer una interferencia telefónica en las líneas de Daytona a Palm Beach.

—Intentadlo todo. Me gustaría saber quién es ese Alexis, Rudy —colgó, y añadió pensativo, sustituyendo el cigarrillo en su boquilla, con movimientos parsimoniosos—: Sí, me gustaría mucho saberlo. Hay muchas cosas oscuras en juego en este asunto. Y dinero. Mucho, muchísimo dinero. Á mí el olfato no me falla en cosas así. No me conformaré con treinta mil miserables dólares, cuando alguien se puede embolsar millones o cientos de millones... Si he de participar en la danza, que sea con las mismas ventajas que todos los demás.

* * *

—¿Por dónde piensa empezar realmente?

—Empezar... —suspiró Vivian Velda, pensativa. Contempló la noche estrellada, las olas, rompiendo en espuma plateada sobre las playas ahora desiertas. Una brisa fresca y húmeda cimbreaba las palmeras a lo largo del litoral. Ella meneó la cabeza. La luz de los astros puso reflejos de añil en su cabello. Añadió, muy despacio—: Lo más difícil es siempre comenzar.

—Tendrá alguna idea, alguna orientación para iniciar las pesquisas —argumentó Vic Madden.

—Lo de siempre: unos nombres, una dirección... Eso es todo. Si ahí se rompe el rastro... no tendré nada.

—¿Le ocurrió así otras veces?

—Sí. En Italia, Francia, España, Alemania, Rusia, Portugal... En

muchos países, Madden.

—¿Siempre la misma forma de romperse la pista?

—Aproximadamente igual. A veces un inicio esperanzador... y luego, de repente, el muro. Tuve que retroceder siempre.

—Es demasiado vago buscar por todo el mundo. Si al menos tuviera un indicio cualquiera... Algo sobre un país determinado...

—Ya le dije. Posiblemente sea Estados Unidos. Mi madre era americana.

—Y usted... ¿dónde nació?

—Ahí está la confusión. A bordo de un trasatlántico Europa-América.

—¿Iba o venía?

—El buque salía de Europa. Venía a América. Mi madre jamás dijo por qué. No supe nunca las causas de ese viaje. Mi padrastro, Christopher Velda, trató de averiguar cosas de ella. No se las reveló jamás. A veces me he preguntado si no perdió la memoria, o cosa así, y no quiso confesarlo a nadie, ni siquiera a mi padre adoptivo.

—Su pasado está lleno de extrañas circunstancias, ciertamente —convino Madden, pensativo—. ¿Quién le proporcionó pistas en esos países que ha ido recorriendo hasta ahora?

—Mi dinero, Madden.

—No entiendo bien...

—Pagué a una legión de detectives para que indagaran por todas partes. Han localizado infinidad de pistas sobre mujeres que se llamaron Ivonne Andress. Era mi madre. Andress puede ser un apellido sajón, eslavo o de cualquier parte. También puede ser latino, si lo reducimos a «Andrés», suprimiéndole una «s» final y añadiéndole un acento en la «e».

—¿Tan pocas cosas sabe sobre su madre? —se asombró Vic—. ¿Ni siquiera su origen, su nacionalidad real...?

—Sé que se nacionalizó americana pocos años antes de nacer yo. Ese es un rastro, pero resultará difícil encontrar los datos.

—Es, al menos, una pista. ¿No tiene documentos de ella? ¿No los tuvo su padrastro, Velda?

—No hay documentos. Los tenía ella. Los destruyó antes de morir. Mi padrastro los buscó, pero los que pudo obtener eran oscuros, carentes de muchos datos, y otros los había falseado voluntariamente mi madre, con datos inciertos.

—Es desconcertante. ¿Qué pudo buscar exactamente su madre al hacer todo eso con ella misma y con su vida anterior?

—Eso es un enigma. Una venganza, un odio irracional, un afán de olvidar, no sé... Me gustaría conocer sus razones. Quizá si encuentro la verdad de su vida, de la de mi verdadero padre, de mí misma... tal vez entonces comprenda mejor todo eso. Ahora, no. No puedo entenderlo, la

verdad.

—¿Dónde supone que está el primer rastro de Ivonne Andress, de su madre, en Estados Unidos?

Vivian Velda le miró gravemente, apoyada en la barandilla de la terraza del hotel de lujo asomando al mar. Habló con lentitud:

—Aquí, en Florida.

—¿En Florida? —se sorprendió Madden.

—Por eso elegí Miami para aterrizar. Empiezo mis pesquisas aquí mismo. Hubo una Ivonne Andress o Andrés, soltera, residiendo durante años en Florida. En Palm Beach, en Miami, en Daytona Beach. Era cantante.

—¿Cantante?

—De cabaret. Actuaba en clubs de lujo, como cantante de melodías modernas. Se hacía llamar Ivonne Laverne, y decía que era francesa. Eso daba buen aire a sus actuaciones. Dicen que era buena. Gustaba a la gente.

—¿Su madre fue cantante?

—No lo sé —se encogió cansadamente de hombros—. Sé tan pocas cosas sobre ella, que me desespero a veces de vivir en tal oscuridad. Su vida fue un misterio, la de mi padre más aún, puesto que ni siquiera sé quién fue él. Y ahora, cargada de millones, no sé nada de nada, no consigo averiguar nada.

—Me gustaría ayudarla.

Ella le miró, repentinamente interesada.

—¿De veras? —indagó. Hubo un pestañeo en sus ojos hermosos y profundos—. ¿De veras lo haría, Madden?

—No entra en mis atribuciones, pero lo haría, sí.

—Usted es policía profesional. Pertenece a la mejor entidad policial de este país, y una de las mejores del mundo. Su ayuda sería inestimable. Yo podría pagarle por ella.

—¿Es que solo piensa siempre en el dinero? —se molestó Vic. Deje que alguien haga algo por usted sin ningún interés egoísta.

Ella suspiró, entornando los ojos. Movi6 la cabeza, como dubitativa.

—Si fuera posible creer en una cosa así... Pero nunca hizo nadie nada por mí. Sólo por mi dinero, por la enorme fortuna que poseo.

—Eso es lo malo. Sólo encontró gentes interesadas en su vida. Hay que admitir que su dinero es un mal imán. Únicamente atrae lo malo.

—¿Hay algo que pueda ser bueno en una suma semejante, Madden?

—Supongo que no. Oiga, señorita Velda, una cuestión me intrigó siempre. ¿Cómo pudo su padre adoptivo reunir una fortuna tan fabulosa en su vida?

—Diamantes —explicó ella, con un suspiro—. Compró tierras en Brasil. Tierras que no valían prácticamente nada. Quería hacer allí una

hacienda para vivir solitario, lejos del mundo, como él se sentía feliz. El destino le jugó una mala pasada. Cuando los obreros que llevó a trabajar a sus tierras fueron a cimentar la futura hacienda... el suelo brilló bajo sus pies. Todo eran diamantes. Una fabulosa, increíble veta diamantífera de valor incalculable. Mi padre adoptivo había tenido negocios y no andaba escaso de dinero. Pero aquello era fantástico. Precisamente por su escaso interés en vender los terrenos, pensando que la veta terminaría pronto, y podría vivir en paz, aquello elevó mil veces su valor cuando dos vetas principales, muchísimo más ricas, salieron debajo, al ahondar. Al final, cuando vendió las tierras, tuvo que partirlas en pequeños cotos diamantíferos. Eso, y la cantidad increíble de carbonos preciosos que extrajo, le dieron su fortuna, centuplicada luego, al invertirla con éxito en negocios diversos.

—Y usted después, la dobló —comentó Vic con sarcasmo—. Increíble facultad de hacer crecer el dinero la que tienen ustedes todos...

—Maldita facultad, diría yo.

Madden estudió en silencio a la mujer de oro. Luego, sonrió, inclinando la cabeza.

—Hablábamos de la ayuda que podía prestarle —dijo despacio. ¿Por dónde le parece que empecemos?

—Por el Harem.

—¿Por... dónde?

—El Harem —rió ella suavemente—. Es el nombre del club nocturno donde trabajó Ivonne Laverne de nombre real Ivonne Andress. Puede que no fuese mi madre, pero empezaremos por allí.

—Conforme. ¿Vamos a ir allá los dos?

—No —negó vivamente ella—. Los tres.

—¿También su secretaria, Ingrid Thule, va a acompañarnos?

—Lo prefiero así. Siempre lo hice igual. No quiero que Ingrid se sienta... desplazada, olvidada. No se lo merece. Es una excelente compañera y una colaboradora leal. Lo único realmente bueno que he tenido hasta ahora a mi lado.

—Bien. Iremos los tres. Me imagino cómo van a envidiarme, cuando me vean rodeado de bellezas.

—Seguro que eso es para usted lo más atractivo del asunto —sonrió Vivian, irónica.

—Al menos, es lo más grato, el lado bueno de todo la cuestión. ¿Se imagina si usted hubiera sido una solterona larga y huesuda y su secretaria una cincuentona con gafas y nariz de cartabón?

—Horrible —Vivian se echó a reír de buena gana—. ¿Nos ayudaría entonces?

—Me temo que no —confesó Vic, tremendamente sincero—. Usted

tendría el mismo dinero, pero ya le dije antes que para mí, el dinero no es nunca lo más importante, señorita Velda.

—Puede llamarme Vivian. En cierto modo, somos ahora camaradas, amigos laborando por algo en común. Usted me protege, está cerca de mí, conforme le indicaron sus superiores... y a la vez me ayuda en mi tarea y presume de bellas chicas a su lado. Todos contentos, ¿no?

—Si usted encuentra el rastro de su pasado y del de su madre, sí. Entonces todos contentos, Vivian.

CAPITULO IV

El Harem.

Decoración oriental sofisticada, pero grata y atractiva. Chicas con tules y gasas de colores, mostrando los pantalones bombachos típicamente morunos, y el corpiño cuajado de lentejuelas y pedrería. Todas ellas eran morenas o llevaban pelucas oscuras. Y todas ellas eran opulentas bronceadas por el sol de Florida, como auténticas huríes de un paraíso de Mahoma o de Vishnú.

El Harem podía haber cambiado de decoración y estilo en aquellos años, pero no de nombre ni de ambiente. Una cantante moderna era anunciada allá afuera en las carteleras como en sus tiempos debió de estarlo el nombre y la efigie de Ivonne Laverne, de nombre auténtico Ivonne Andress.

La cantante actual también tenía nombre francés: Corinne Duval. Evidentemente los gustos del público cambian poco con los años. Vic Madden se preguntó de dónde sería la tal Corinne, y cuál sería su verdadero nombre.

Miró a un lado y a otro. Un vestido esmeralda. Otro color fresa. Una cabellera rubia. Otra morena, negra azul. Unos ojos verdes como el vestido. Unos grises casi pardos, al lado opuesto. Dos figurasuntuosas y magníficas de mujer. Dos bellezas que despedían electricidad, sensualidad pura, atractivo candente. Y ambas se cogían a sus brazos como si fuesen dos rendidas admiradoras. Ingrid Thule, secretaria. Vivian Velda la mujer más rica del mundo.

Vic Madden sonrió. Cuando alguna vez contara eso, nadie iba a creerle. Le llamarían fantástico. Era como revivir un cuento oriental en nuestros días. Y encima, aquel sofisticado y artificioso Harem de música moderna.

Deseó de veras que Vivian hallase a su madre. Que la pista fuese cierta, que la desaparecida Ivonne Laverne fuese ella, la esposa de X, el enigmático padre de la dama más cargada de oro del orbe entero.

Pero algo le decía interiormente que la cosa no sería tan fácil. Aunque alguna vez, el muro eterno que Vivian hallaba ante ella en su búsqueda, terminase por caer, como nueva muralla de Jericó, para que ella se encontrara a sí misma. Las trompetas de oro de sus millones, podían obrar

ese nuevo milagro, aunque nada tuviese de bíblico.

Vic dio una propina al *maître* que le argumentó que no había buenas mesas en el local a aquellas horas, excepto las reservadas a los clientes habituales.

—Ella es Vivian Velda —señaló a la dama morena—. La mujer más rica del mundo.

Eso obró el prodigio. El *maître* encontró de repente la mejor mesa del local, lista para ellos. Les acomodó junto a la pista. Vic encargó champaña francés y canapés de caviar. Luego, sonrió, volviéndose a Vivian.

—Cumpla sus instrucciones —dijo—. Pero me parece una tontería pagar aquí una cantidad exorbitante por ese servicio.

—Usted tiene carta blanca para los gastos, Madden —fue Ingrid quien respondió, no la dama de la fortuna fabulosa—. Los veinte mil dólares que le ha dado ella, son para gastar en lo que mi señora decida. Es lo convenido, ¿no?

—Conforme —suspiró Vic—. Hago esto por usted, Vivian. Yo no acepto convites de las damas. Pero quiere que la ayude, y lo estoy haciendo, a costa de que usted derroche dinero. Créame, algún día debería visitar nuestro club. Tomamos brandy, *whisky* o champaña corriente. Y nos cuesta un dólar la consumición de dos personas.

—Eso debe ser hermoso —meditó Vivian, tras cambiar una mirada con su secretaria—. Demasiado hermoso para que esté a mi alcance.

—Todo está a nuestro alcance. Usted puede arrojar sus millones por la ventana, y visitar sitios así. Será más feliz que tomando aquí champaña y caviar.

—No he venido a divertirme, Madden —le recordó ella, tajante—. Estoy buscando algo, ¿recuerda?

—Lo recuerdo muy bien. Perdón si la molesté.

—No me molestó —sonrió ella, entornando los ojos—. Simplemente, no puedo hacer lo que dice, ¿no es cierto, Ingrid? No se arrojan fácilmente dos mil millones de dólares por una ventana, Madden.

—Supongo que no —admitió Vic, inclinando la cabeza.

Ingrid Thule apoyó una mano en el brazo de Vic. El giró la cabeza hacia la rubia muchacha de ojos verdes. Las luces del Harem formaban hilos de oro luminoso en su liso cabello.

—Cuando uno no tiene nada, Vic, piensa que es fácil desprenderse de todo lo que es demasiado valioso, para no tener lastre en la vida —comentó despacio—. Yo sé bien, porque Vivian Velda me lo ha contado muchas veces, lo que ella daría por ser una mujer como las demás. Como yo, como las chicas que usted lleva a su club de un dólar la doble consumición. Pero es su destino. Y difícilmente tuerce uno su destino. Como el rey que debe gobernar un pueblo, jamás podrá renunciar a él ni a sus deberes, ni siquiera cuando el amor llame a su puerta. Está escrito así.

—Está escrito... —Vic sonrió, mirando alrededor, a las camareras con ropas de bellas huríes, a los camareros con turbantes y ropajes amplios y sedosos—. Parece que se haya dejado influir por el ambiente árabe, Ingrid. Sólo los árabes aceptan con fatalismo su destino, escrito en las estrellas.

—Tonterías —rió Ingrid, burlona—. Esto no es árabe ni nada. Investigamos el local antes de venir a él. Es propiedad de un tal Waldo Lyman, de origen brasileño, y padre norteamericano. No tiene nada de árabe ni de fatalista. Es medio *gángster*, y tiene otros negocios en Miami Beach, en Daytona Beach y diversos puntos de la costa de Florida.

—¿Le sugiere algo el nombre de Waldo Lyman? —se interesó Vic, volviéndose a Vivian.

—Nada en absoluto. Tiene cuarenta y ocho años, un pasado borrascoso y muy mala fama. Es guapo y tiene éxito con las mujeres. Es todo lo que sé.

—Cuarenta y ocho años... Podría ser su padre, Vivian.

—Sí, podría serlo —asintió ella, mordiéndose el labio inferior. Tengo veinticinco años. Se supone que a los veintitrés, un hombre puede ser padre perfectamente. Pero esa condición puede encontrarse igualmente en muchos ciudadanos de su país, Madden.

—Imagino que sí —suspiró Madden—. Era solo un comentario.

—No le falta lógica. Sobre todo, si Ivonne Laverne era mi madre.

Fue como si hubieran estado esperando a que Vivian dijera algo así. Las luces se apagaron casi totalmente. Un foco amarillo barrió la pista. Surgió un micrófono del suelo, como una extraña y rígida sierpe de acero, con cabeza enrejada. Ante el micro, una mujer de largo traje de noche negro, lustrosa piel pálida, rostro ovalado, de gran atractivo, carnosos labios y cabellos ceniza, teñidos pulcramente.

Era Corinne Duval, la *star* del programa. Una cantante pseudofrancesa, de indudable acento americano en su canción melancólica, entonada en un profundo silencio:

*«Dans la chanson,
les feuilles mortes...»*

Las hojas muertas... Una evocación de París en falsos labios parisienses. Pero a la gente le gustaba. Tenía «gancho». Voz pastosa, cálida, ademanes elegantes y sobrios. A veces, incluso recordaba a Juliette Greco, la sensación del viejo Saint-Germain y su existencialismo sartriano.

Incluso a Vic le gustó. Miró de reojo a Ingrid y a Vivian. Las dos mujeres contemplaban, profundamente interesadas, a la bella cantante de cabello ceniciento artificial. El champaña francés espumeaba en las copas.

El caviar esperaba, extendido sobre crujientes canapés.

Se preguntó sí, años atrás, otra mujer, tan poco francesa como ésta, cantaría algo parecido, *Sous le tois de París o Madame*, por ejemplo, ante un público tan fácil de encandilar y sugestionar como el actual. Y si esa mujer sería Ivonne Andress, madre de la que luego sería la mujer más rica del mundo.

Todo parecía demasiado viejo, demasiado amarillento. Como un álbum de hojas descoloridas, de fotografías de pálido color sepia, perdidas en la pátina implacable del tiempo.

Un tremendo, gastado folletón de padres indignos, de madres que odian, de hijas sin nombre.

¿Tenía sentido todo aquello? Parecía como un melodrama mal pergueñado, donde los personajes se movían artificiosamente, al capricho de un autor truculento y falso. Falso... A veces, incluso todo el asunto lo parecía. Pero el interés, la curiosidad tremenda y dolorida de Vivian Velda, parecía tan legítima...

Entretanto, Corinne terminaba su interpretación de *las hojas muertas*. Podía no ser francesa. Pero lo hacía bien, y Vic aplaudió. También ellas dos.

Abandonó la pista. Siguió la orquesta, interpretando bailables. Vic miró a ambas mujeres, pensativo. Vivian parecía ausente, preocupada. Fue Ingrid quien sonrió, inclinándose hacia él:

—¿Nadie va a bailar esta noche?

—Por supuesto —se levantó Vic—. No me atrevía a insinuarlo.

Salieron a la pista. Vivian no dijo nada. Bailaron. Reconoció que, además de bailar muy bien, Ingrid rezumaba atractivos por todo su ser.

De repente, le llegó la inesperada pregunta de ella:

—¿Está enamorándose de ella, Madden?

—¿Eh? —se sobresaltó Vic vivamente—. ¿Cómo dijo?

—Si siente algo por... por ella. Por Vivian, claro está.

—¿Por qué había de sentirlo? Sólo trato de ayudarla.

—Pero Vivian es tan inmensamente rica... Y es hermosa. Incluso tiene más atractivo que yo. Lo reconozco. Lo supe siempre, Vic.

—La fortuna de ella no me interesa.

—¿De veras?

—Nunca me preocupó el dinero.

—Pero es tanto... Miles de millones, Madden.

—No me quitan el sueño. Si acaso, serían un buen estorbo en mi vida. Me sentiría incapaz de hacer nada útil con tanto dinero. Y si mi mujer lo tenía... bueno, creo que siempre pensaría que estaba viviendo con una estatua de oro, molesta e irritante.

—¿Eso pensaría de Vivian Velda? Aparte de su fortuna, tiene encanto, belleza...

—Usted también, Ingrid. Y no es rica.

Ella entornó los ojos. El cuerpo magnífico tuvo un estremecimiento, llevado suavemente en los brazos de Víctor Madden.

—¿Eso quiere decir que... que yo podría gustarle? ¿Incluso más que Vivian?

—Claro. Pero, ¿qué importa eso ahora?

—Importa, y mucho. Al lado de Vivian me siento como derrotada moralmente, antes incluso de luchar por algo. Una mujer como ella aturde, desmoraliza, aniquila. Es... es demasiado poderosa, demasiado grande y dominadora para...

—Tonterías, Ingrid. Nadie es demasiado grande ni poderoso. Nadie tiene por qué ser superior a uno. Piense que no lo es todo ese dinero que ustedes mencionan a cada paso, por mucho que sea. Un hombre honesto, sincero, enamorado, jamás pensaría en ese factor para elegir a una mujer determinada. Téngalo por seguro, Ingrid. Estoy bien seguro de lo que digo.

Ingrid Thule entornó los ojos, como sumida en ideas lejanas y confusas. Luego, sonrió dulcemente, dejándose llevar en brazos de su pareja. Y no añadió más que una corta frase turbada, de emocionado tono:

—Es hermoso oír hablar así a un hombre. Muchos otros lo dicen, pero sé que no lo sienten, y están pensando en esas cifras de locura cuando hablan. Usted es diferente, Vic. No sé la razón, porque apenas si le conozco. Pero sé, positivamente, que usted dice la verdad. Que, realmente, si le importa una mujer, no le importa nada más. En absoluto.

Continuaron bailando. Entonces, inesperadamente, Víctor Madden vio a Corinne Duval, la cantante supuestamente francesa. No estaba sola. Ocupaba una mesa preferente, no lejos de la que ahora ocupaba en solitario Vivian Velda. Un caballero alto, bronceado, moreno, de cabello oscuro, con sienes y patillas blancas, de bien cuidadas canas, le hacía compañía.

Ingrid siguió la dirección de su mirada curiosamente. Sonrió, maliciosa.

—Es atractiva, ¿verdad? —comentó.

—¿Corinne Duval? —Vic se encogió de hombros—. Sí, lo es. Pero no pensaba en ella ahora.

—Pues lo parecía, por su modo de mirar.

—Contemplaba también al caballero. Parece tener autoridad, energía. Quizá sea su amigo de tumo.

—Sí, las cantantes de *night-club* acostumbran a vivir así

—se ensombreció el rostro de Ingrid, y miró a la mesa donde Vivian esperaba en solitario—. No creo que a Vivian le gustase que Ivonne Laverne hubiese sido... su madre.

—Ya había pensado en eso. Pero creo que a Vivian lo que le importa es salir de dudas. No le preocupará tanto saber cuál es su auténtico origen,

como vivir en sombras, imaginando cosas sin saberlas realmente, y sintiéndose impotente, con todo su dinero, para llegar al fondo de la cuestión.

—¿Qué espera averiguar aquí? ¿Cree que alguien recordará a Ivonne Laverne hoy en día?

—No sé. A veces, los mismos clientes pasan varias generaciones en un local de éstos. Ese mismo caballero que acompaña ahora a Corinne... Puede que tenga cincuenta y tantos años, muy bien llevados. Si entonces también venía por aquí, si es uno de esos clientes asiduos... entonces no hay duda de que conoció a Ivonne. Sería particularmente penoso para Vivian que... bueno, que entre él y la cantante hubiese habido algo, y la tal Ivonne resultara ser la madre de Vivian. Pero ese es un riesgo que ella está arrastrando constantemente. Cuando uno no sabe de dónde llegó y busca su origen, puede encontrarse algo limpio y honrado... o algo turbio y sucio. Sólo espero que ella tenga suerte en este caso.

Siguieron bailando. Cuando regresaron a la mesa. Vivian se limitó a sonreírles distraídamente.

—Baila usted muy bien, Madden —comentó.

—Si desea salir a la pista...

—No, gracias —rechazó Vivian, algo seca—. Preferiría que iniciáramos la investigación.

—Como usted disponga —llamó a un camarero el que les había servido. Depositó un billete de cinco dólares en su mano y habló en voz baja—: Me gustaría hablar con el propietario del local.

—¿El señor Lyman? —el camarero giró la cabeza y señaló a la mesa de Corinne Duval—. Ahora está ocupado, señor.

—Oh, ¿es él?

—Sí, señor. Está con la señorita Corinne. Ella es... es su novia.

—Entiendo. De cualquier modo, díglele en la primera ocasión que le sea posible, que deseo hablar con él. Soy agente federal.

Mostró su credencial. El camarero se sobresaltó algo. Vic, intencionadamente, no añadió nada más. Pero el camarero, indeciso, se alejó, tras una mirada de reojo a la mesa de Corinne y Waldo Lyman, el brasileño dueño del Harem.

—Creo que podemos bailar un poco —señaló Vic a Vivian Velda—. Entretanto, daremos tiempo al tiempo.

—Está bien —aceptó ella—. Vamos allá, Madden. Usted sabe mejor lo que hay que hacer en estos casos. Yo me limitaré a seguir sus instrucciones.

—Buena chica —aprobó Vic Madden, escoltándola a la pista.

Bailaron en silencio. Vivian parecía muy pensativa. Por ello le sobresaltó más que ella le hiciera de súbito aquella pregunta, sin mirarle siquiera a la cara.

—¿Cuál de nosotras dos le atrae más, Madden?

—¿Eh? —Víctor se quedó contemplando a su pareja. Era curioso que sacaran ambas a colación el mismo tema. En vez de envanecerse, se sintió molesto—. Creo que las dos son dignas de atención. Un hombre puede sentirse atraído por cualquiera de ustedes, Vivian.

—Pero mi fortuna haría que, indefectiblemente, se inclinasen por mí.

—Ya salió eso —suspiró Vic—. Trate de olvidar su dinero y piense en sí misma.

—¿Usted podría enamorarse de mí, si le dijese que he renunciado a mi dinero?

—Por supuesto. Mucho más fácilmente que ahora.

—No quiere ser rico.

—No.

—Supongamos que le ofrezco una boda conmigo, por una conveniencia personal. ¿Me aceptaría?

—Iba a ser una difícil situación. Aunque llegase a amarla, Vivian... Su oro sería lo que me distanciaría de usted y me haría responder: «No».

—Me gustaría pensar que eso es posible en la vida, Madden. Aunque algo en su tono me dice que es verdad, que piensa realmente así.

Vic la contempló en silencio. Apretó los labios. De súbito, dijo con lentitud:

—¿Desea usted realmente seguir adelante con todo esto?

—¿Eh? ¿Se refiere a la investigación? Por supuesto, Madden. Hasta el fin.

—¿Sea cual sea?

—Sea cual sea —aceptó ella enérgicamente.

Vic no respondió. Se detuvo con ella, al borde de la pista, cuando ya la orquesta terminaba su número. Se apagaron las luces. De súbito, un foco blanco cayó sobre la mesa donde Corinne y Lyman se sentaban. La enmarcó a ella. La orquesta inició *La vie en rose*. Y ella se incorporó lentamente, cantando desde allí mismo a través de un micrófono disimulado en las flores que adornaban su vestido sobre el pecho. Waldo Lyman quedó, naturalmente, fuera de escena, fundido en las sombras. Como un simple comparsa, al hacerse ella protagonista.

Regresaron despacio a su mesa. Por el camino, una sombra alta se interpuso ante ellos. Una voz susurró:

—Me dijeron que ustedes querían hablar conmigo. Soy Waldo Lyman, propietario de este local.

CAPITULO V

—¿Desea tomar algo con nosotros, señor Lyman?

—No, gracias. Me dijeron que usted es federal. Agente del Gobierno. ¿Qué ocurre conmigo? Aquí todo es legal, pago mis impuestos...

—Sé todo eso. No vengo a nada estrictamente federal, en realidad.

—Temo no comprenderle —enarcó Lyman sus canosas cejas, sobre la mirada fría, expectante y escudriñadora.

—Se trata de ella, de Vivian Velda —y la señaló.

—¡Vivian Velda! —pegó un respingo Lyman—. ¡La mujer más rica del mundo!

—Soy yo —expuso modestamente ella—. El señor Madden ha sido elegido para escoltarme durante mi estancia en Estados Unidos. El Gobierno piensa que mi seguridad personal es importante.

—Sin duda lo es —arrugó el ceño Lyman, apartando difícilmente sus ojos de la millonaria. Luego, masculló gravemente—; Pero no logro entender dónde puedo encajar yo en todo esto. ¿Acaso está en mi mano hacer algo por usted?

—Es posible que sí —rápido, Vic tomó las riendas de la conversación otra vez—. Usted puede ayudarnos o no, depende de muchas circunstancias. Por ejemplo, la más importante: ¿cuántos años hace que es usted propietario del Harem?

—Doce —respondió prestamente Waldo.

Hubo una expresión de disgusto en Vivian y de decepción en Ingrid. Vic Madden reflexionó, formulando otra pregunta rápida:

—¿Y antes de ser propietario del local...?

—Era su cliente —sonrió él.

—¿Asiduo? —se esperanzó Vic.

—Asiduo, sí.

—Bien... —se echó atrás en el asiento. Las cosas habían empezado mal, pero marchaban algo mejor ahora—. ¿Conoció a otras figuras, otras cantantes de este local, cuando usted... cuando usted era su cliente?

—Por supuesto —sonrió frívolamente, mirando de reojo a Corinne, que actuaba ya en la pista—. Conocí a muchas figuras que desfilaron por aquí. Unas llegaron luego a la fama. Otras, se perdieron en

la mediocridad y el olvido.

—¿Recuerda a alguna de ellas?

—Recuerdo a muchas —sonrió de nuevo, para después arrugar de pronto el ceño e inclinarse hacia adelante, en el asiento que había aceptado ocupar en la mesa de Vivian y sus acompañantes—. ¿Adónde va usted a parar con todas esas preguntas, señor?

—A esto: ¿recuerda, concretamente, a la cantante Ivonne Laverne?

Fue como un mazazo. Lyman se echó atrás violentamente, abriendo mucho sus ojos, que fijó en Víctor Madden con estupor, como si hubiera sido el último hombre que hubiese esperado escuchar en labios de persona alguna.

Repitió, como un eco apagado, confuso:

—Ivonne... Ivonne Laverne...

—¿Lo recuerda? —insistió vivamente Ingrid ahora, interviniendo en la charla.

—Ivonne... —Waldo Lyman parecía en trance, como martilleado por algo demasiado fuerte para él—. Dios mío...

Estaba ligeramente pálido. Sus manos se apretaban de tal forma sobre el borde de la mesa, que los nudillos blanqueaban por la presión. Vic Madden trataba de llegar de alguna forma al fondo de aquel hombre, pero eso era difícil. Evidentemente se hallaba en un repentino estado de tremenda sobreexcitación, pero eso era todo lo que podía saberse. Eso... y que Ivonne Laverne significó algo para él.

Pero aún faltaba saber sí, realmente, Ivonne Laverne fue la mujer cuya pista buscaba Vivian por el mundo.

Faltaban, en realidad, muchas cosas que no estaban claras en absoluto. Muchas cosas oscuras, perdidas en el tiempo. Cosas que tal vez se encontraran ahora. O tal vez nunca.

—Sí, conocí a Ivonne Laverne —afirmó al fin, roncamente, expresándose con lentitud, Waldo Lyman.

—¿Íntimamente? —la fría, dura pregunta de Vic, sobresaltó a las dos mujeres, e incluso al propio Lyman.

—Eh... sí, sí —afirmó, de mala gana—. La conocí muy íntimamente. Pero, ¿qué significa todo esto, señor?

—Significa que buscamos algo perdido en el pasado, señor Lyman. Vivian Velda busca el origen de ciertas cosas, y podría ser que Ivonne Laverne tuviera la clave para llegar a alguna parte. Como también puede ser que estemos siguiendo una falsa pista. Confío solamente en usted para aclarar eso.

—No le entiendo bien, pero le ayudaré, si me es posible —apretó los labios, con una fuerte inspiración de aire—. De eso hace ya muchos años, ¿comprende? Entonces yo era un hombre joven, enamorado... y Laverne

era hermosa y también joven. No tiene nada de extraño que nos atrajéramos mutuamente.

—Por supuesto que no —Vic sabía que Vivian estaba pasándolo mal, pero era algo que ella había querido y a lo que no podía evadirse, si pretendía seguir adelante con todo aquello—. No hemos venido a juzgarle, señor Lyman. Solamente a saber qué fue de Ivonne Laverne.

—Creo que murió en alguna parte del mundo —se encogió de hombros Lyman—. No supe exactamente dónde ni cuándo. Al abandonar ella el Harem, jamás volví verla.

—¿No se casó usted con ella? —se interesó Vic.

—¿Casarme? —abrió mucho los ojos el brasileño—. ¡Cielos, no! ¿Cree que hubiera podido hacerlo entonces? No tenía una posición, ella era solamente una cantante de club nocturno. Quizá hubiera llegado a casarme con ella, lo admito. Era una mujer adorable, aunque algo extraña.

—¿Extraña? —una corriente de excitación se apoderó de Madden. Miró de reojo a las dos mujeres, y observó que su tensión era también muy acentuada—. ¿En qué sentido, señor Lyman?

—No sabría definírselo —entornó su mirada, pensativo, evocador—. No es fácil hacerlo, créame. Sólo sé que... que era extraña. A veces se quedaba como ausente, no recordaba las cosas o no quería recordarlas. Y su mirada vaga daba la impresión de que estuviese en un mundo muy lejano del que pisaba.

Madden cruzó una mirada rápida con Vivian. Ella se mordió el labio inferior. Pero no dijo nada. Ni Ingrid tampoco.

—Bien. No se casó con ella —suspiró Vic—. ¿Eso quiere decir que se separaron pronto?

—Repentinamente, Ivonne Laverne desapareció.

—¿Desapareció? Querrá decir que terminó su contrato...

—No, no. Desapareció. Así, como lo dije antes. Tenía que cumplir su contrato. Aún le quedaban dos o tres meses como mínimo, si ella no deseaba prorrogarlos. Era buena cantante. Tenía personalidad, fuerza. Nadie se explicó su actitud. Desapareció del club, de su alojamiento, de la ciudad. Seguramente, incluso del Estado de Florida. Confieso que la busqué, que recurrí a todos los métodos para dar con ella. No logré nada. Era como si se la hubiera tragado la tierra.

—Comprendo —una leve película de transpiración hacía brillar el rostro tenso de Madden—. ¿Sabe usted cuál era su verdadero nombre, no el artístico?

—Por supuesto —asintió él—. Ivonne Andress.

—¿Le dijo su procedencia exacta? —indagó vivamente Vivian.

—No recuerdo. Francesa o algo así —evocó Lyman—. Tal vez de Nueva Orleáns, pero procedente de franceses. Algo así era, pero no sé exactamente qué. Nunca me llegó a preocupar su origen. A ciertas edades,

señor Madden, esas cosas no importan, cuando a uno le vuelve loco una mujer.

—Señor Lyman, usted... ¿usted conserva algún recuerdo de ella, alguna fotografía, pongamos por caso? —era Ingrid Thule, muy práctica en sus preguntas, quien formulaba esta concreta.

Vaciló Waldo Lyman. Luego, negó lentamente, con expresión insegura.

—No, no lo creo. Conservo recuerdos de muchas personas, pero de esa mujer, de Ivonne... no creo. No recuerdo haber visto fotografía alguna de ella entre mis pertenencias.

—Sería mejor averiguarlo sin lugar a dudas —señaló Vic Madden—. La cuestión es de suma importancia para la señorita Velda.

—Si ustedes lo desean, les invitaré a tomar una copa en mi residencia —observó Lyman, pensativo—. Allí podemos comprobarlo, sin lugar a dudas.

—Conforme —aceptó rápidamente Vivian—. Iremos con usted, señor Lyman.

* * *

Era una suntuosa vivienda en la mejor zona de la ciudad, sobre una loma que dominaba las playas y avenidas flanqueadas de palmeras. Un sendero de zona residencial, conducía hasta su parte más elevada, donde las verjas y jardines rodeaban el edificio de dos plantas, propiedad de Waldo Lyman.

Aun así, él pareció sentirse bastante acomplejado de introducir en él a sus invitados. Vic Madden adivinó la razón; no era difícil imaginarla, sabiendo que una de sus visitas era, ni más ni menos, la mujer más rica del mundo, una auténtica *ragazza di oro*, como la había bautizado cierto rotativo italiano que gustaba del sensacionalismo. Y, como en una efigie real de la dama bañada en oro por *Goldfinger*, un personaje literario y cinematográfico bastante popular, la revista italiana había llegado al extremo de trucar una fotografía borrosa de Vivian Velda, en color oro, como si fuese una dorada estatua recorriendo el mundo. El simbolismo era primario pero cierto. Así era Vivian, y así parecía verla Lyman cuando la introdujo en su suntuosa residencia.

El gabinete donde les acomodó, tras pedir a un silencioso y correcto servidor combinados para todos, estaba tapizado en ocre y oro, con buen gusto y con indudable derroche de dinero, aunque sin caer en la estridencia.

En pie, sin acomodarse, Waldo Lyman se disculpó, inclinándose cortés ante Vivian:

—Deberá disculparme —dijo—. Voy a ver mis viejos recuerdos arriba.

Bajaré la aqueta donde guardo fotografías y evocaciones de mi juventud y de mis idilios ya lejanos. Si hay algo de Ivonne Laverne entre ellos, seremos todos muy afortunados, porque si es así, yo lo olvidé por completo. Eso se justifica fácilmente, pensando que al desaparecer ella, me sentí furioso, irritado, tremendamente defraudado en lo más profundo y sensible de mi ser, y me prometí olvidar a Ivonne para siempre. Me costó trabajo. Y años. Pero al fin olvidé. Olvidé de tal modo, que esta noche, al oír su nombre en labios de ustedes, sentí... sentí un escalofrío de horror. Como si algo que lleva muerto muchos años, emergiese de repente de una tumba, trayendo un frío soplo del Más Allá. No me entenderán posiblemente, ni tampoco me importa. Disculpen todo esto. Traeré ahora esos recuerdos. Vuelvo enseguida.

Se ausentó. Vic respiró hondo, contemplando a Vivian y a Ingrid. Ellas también le miraban a él, expectantes. Parecían esperar un comentario suyo, una orientación en medio de su común incertidumbre.

—Es posible que encontremos algo —comentó al fin Madden. Pero también podría ser que no. Porque él no tenga un recuerdo, una fotografía... o porque Ivonne Laverne no fuese la que buscamos.

—¿Oyó lo que dijo? —expuso sombríamente Vivian—. Habló de que era... extraña. A veces parecía olvidar, vivir lejos de la realidad...

—¿Su madre fue así también?

—Ya se lo dije. Parecía no recordar cosas. Como si pasara sonámbula por la vida.

—¿Tiene usted alguna fotografía de ella?

—Una solamente. Muy antigua. Muy borrosa. Puede ser Ivonne Laverne o no, no lo sé. Si se la hubiera mostrado a Lyman, podría haberle influido, involuntariamente, haciéndole pensar que era la misma. Usted sabe lo que cambian las personas en el recuerdo, al raso de los años. Y, sobre todo, viendo fotografías como ésta.

Vivian extrajo una cadena de oro gruesa, de la que colgaba una medalla. Una medalla sensacional, en los dedos crispados de la millonaria. Ingrid Thule contemplaba con vivo interés la escena.

La medalla era totalmente de platino, orlada de diamantes purísimos, y con tres esmeraldas centrales realmente pasmosas, en torno a una perla negra de Ceylán. Una joya impresionante.

Presionó la tapa. Se abrió, mostrando una fotografía esmaltada, en color sepia, dentro del medallón fastuoso. Una foto que al menos tenía veinticinco años, o quizá más.

Una mujer hermosa, de cabello oscuro, peinado muy alto, a la moda de entonces. Un descote amplio, cuello largo y alabastrino, senos generosos. Ojos profundos, de indefinido color, nariz breve, boca carnosa...

—Fue muy hermosa —comentó Vic.

—Gracias —susurró Vivian. Cerró de nuevo el medallón—. Está muy retocada esta fotografía. Puede inducir a error. Pero si pudiéramos compararla con alguna otra, estudiarla con lente de aumento, comprobar detalles... posiblemente halláramos la coincidencia. O las diferencias.

—Sí, no sería imposible... si hay fotografía con la cual comparar. En todo caso, el FBI posee computadoras electrónicas muy sensibles. Puede usted hacer una copia de esta fotografía, e introducirla en la computadora. Luego, situar la foto que nos parezca idéntica, entre miles de otras. Si realmente es la misma, la computadora la separará inmediatamente, sin lugar a dudas.

—¿Usted haría eso por mí, Madden?

—Yo pediría al FBI, para mayor seguridad, que hicieran las pertinentes comprobaciones electrónicas. Tendríamos respuesta, no lo dude.

—Gracias, Madden. Si no fuera por usted, creo que este asunto se iría de mis manos definitivamente.

—No esté aún muy segura. Lyman puede que no tenga nada que ofrecernos. O si lo tiene, podría ocultarlo.

—¿Ocultarlo? ¿Por qué? —medió Ingrid, sorprendida.

—Porque amó a Ivonne Laverne, ya lo ha oído. El amor, a veces, hace comportarse extrañamente a los hombres. Ese Lyman odió durante años el recuerdo de ella. Era parte de su afán de revancha por la desaparición inesperada de Ivonne. Si sabe que usted es su hija, la venganza podría continuar, negándole toda ayuda para dar con su pasado.

—¿Y si él... si él fuese mi padre? —musitó Vivian, en un hilo de voz.

—Lo pensé. Por eso le hice la cruda pregunta de antes —se encogió Vic de hombros—. Pero no creo que ese sea el caso. Él hubiera sospechado, su propio instinto le hubiese dicho ya algo. Y aun siéndolo, usted tal vez ganase algo con ello.

—No diga eso. Sabe lo que siento por mi padre. No le debo nada. Ni mamá tampoco. Destrozó nuestras vidas. De no existir luego Christopher Velda...

—La entiendo, sí. Pero él pensaría de modo distinto. Adivinaría que usted es su hija. Y aunque solo fuese por egoísmo, el egoísmo que puede hacer nacer en cualquier hombre ambicioso una suma de millones como la que usted tiene, procuraría ayudarla, hacerle ver que Ivonne fue su madre... para luego admitir él, con aires de arrepentimiento, que fue su único y verdadero padre.

—¿Cree que sea esa la situación? —se estremeció Vivian.

—No sé. De cualquier modo, la respuesta puede estar cerca. Vea. Él ya vuelve con su arqueta de recuerdos.

Era cierto. Waldo Lyman entró en el gabinete. Entre sus manos, iba una arqueta, forrada en terciopelo color vino Burdeos, con herrajes

ennegrecidos y vetustos.

Se aproximó a ellos, como cumpliendo un ritual.

* * *

No había fotografías. Ninguna fotografía de Ivonne Laverne. Muchas otras, de chicas casi siempre hermosas, de arrogante figura. Y casi siempre escasamente vestidas, bien fuese porque fueron fotografiadas en bikini o bañador, bien porque esas fotos les fueron hechas con ropas de actuar en escena, en espectáculos frívolos.

Pero ni una de ellas fue identificada como de Ivonne Laverne. No dudó en momento alguno Lyman. Ni siquiera vaciló ante cualquiera de las fotos. Las fue pasando, bajo sus miradas curiosas, y volvieron el montón mimosamente guardado, al fondo del pequeño cofre tapizado en vino Burdeos.

—Lo siento —manifestó despacio Lyman—. No hay nada de ella, ya vieron.

Se dispuso a cerrar el cofre, manejando distraídamente las chucherías del fondo: un alfiler de corbata, gemelos, un viejo reloj de bolsillo de plata, un anillo, una cadenita con una placa de oro, grabada con una fecha cualquiera... Mil baratijas, recuerdo de mil romances superficiales, de los que no dejan huella en un hombre de mundo.

Súbitamente, Vic Madden tuvo una idea desesperada:

—Espere —le retuvo—. ¿Acaso no habrá cualquier otra cosa en ella? Algo que no sea precisamente una fotografía...

—¿Y de qué serviría eso, aun sabiéndolo? —protestó Vivian—. Nada iba a aclararnos, Madden.

—Usted tiene razón —asintió despacio Lyman, con un repentino destello en el fondo de sus ojos, cautos y fríos—. Algo debe haber ahí de ella... Recuerdo que me regaló algún objeto una vez... Justamente días antes de desaparecer... Acaso no más de dos días antes. Fue otra de las malditas cosas relacionadas con ella que había olvidado hasta ahora.

—Y... ¿qué era ello, señor Lyman?

—Si pudiera recordarlo... —hurgó todos aquellos objetos guardados, con olor a rancio, como las propias fotografías, como los sentimientos mismos del romántico y enamorado Waldo Lyman—. Sé que es algo... —algo de esto que jamás he vuelto a tocar, ni a mirar siquiera.

De repente, se detuvo. Un relampagueo de inteligencia cruzó su rostro, su mirada aguda y vivaz. Los dedos se cerraron en torno a algo, en el fondo del cofrecillo.

Vic miró.

El reloj.

El viejo reloj de plata, un «Roskoff» posiblemente, con tapa y pesado volumen, para llevar en el bolsillo.

Era el reloj lo que alzaba Lyman lentamente, declarando con voz ronca:

—Ivonne Laverne me regaló este reloj. Aún... aún debe estar su dedicatoria en la tapa, en su interior.

—No, no está ahí —negó Vic, rápidamente. Miró atrás, en el reverso del viejo y pesado reloj—. Véala ahí atrás.

Todos miraron. Vivian e Ingrid, con más avidez que nadie. Todos pudieron leer la dedicatoria, grabada con antigua letra cursiva, sobre la plata oscurecida del reverso del reloj:

«A mi Waldo, con amor.

Su:

Ivonne».

(Miami Beach, octubre de 1938)

—Ivonne. Mil novecientos treinta y ocho... —susurró Vic, pensativo—. Hace ya veintisiete años.

Veintisiete, Madden —musitó Ingrid—. Y Vivian tiene... veintiséis.

Madden apretó los labios sin decir nada. Miró el reloj de nuevo. Con curiosidad, presionó el resorte que abría la tapa. Cedió el círculo de plata. Apareció la esfera, con cifras romanas y barroco estilo. Las manecillas, gruesas y góticas, estaban paradas en las siete y veinte. ¿Qué siete y veinte de qué lejana mañana o tarde, en el pasado, casi treinta años atrás?

No le importó esa respuesta. Estaba contemplando, estupefacto, el otro lado del reloj. El dorso de la tapa de plata, que daba su cara a la esfera del reloj.

En aquel reverso de la tapa, había una fotografía. Recortada circularmente, para encajarla dentro, y bañada con una superficie de esmalte que retenía los tonos sepia de la fotografía.

Se volvió lentamente. La mostró a Vivian.

Ella cambió una mirada de asombro con Ingrid. Esta humedeció sus labios, asintiendo despacio, con expresión de estupor, de dramática excitación.

—Dios mío... —musitó Vivian trabajosamente—. Es... es ella. Es... mi madre.

CAPITULO VI

Era ella.

Víctor Madden no había necesitado comparar nada. Ni era preciso recurrir a las máquinas electrónicas. Nada en absoluto. Era Ivonne Laverne. La misma de la medalla de Vivian. La misma fotografía, en dos tamaños diferentes.

Ahora mientras reflexionaba, en la habitación del hotel, encarado a las vidrieras del ventanal que asomaba a las piscinas y la playa, algo más distante. Era tarde, pero no tenía sueño. Había vivido muchas emociones aquel día, terminando con el hallazgo de la fotografía sepia en el viejo reloj de bolsillo de Waldo Lyman.

Luego, ante la sorprendente declaración de Vivian, el brasileño había mostrado su asombro, su desconcierto. Y después, hablando con Vic a solas, había expuesto lo que sabía sobre la cuestión.

—No podía imaginar que esa muchacha cargada de millones estuviese buscando a su madre... y menos aún que ella hubiera sido Ivonne. Cuando desapareció de aquí, no creo que estuviese casada. Ni tampoco supe nunca que fuese a tener un hijo.

—¿Podría ser suya Vivian, señor Lyman? —le había preguntado crudamente Vic al brasileño.

Él había rechazado semejante idea con un gestoabierto de estupor:

—Cielos, no. Ni siquiera puedo imaginarlo así, créame. Ivonne jamás me dijo nada. Ni llegué a casarme con ella tampoco, aunque es cierto que tuvimos relaciones íntimas. ¿Sería lógico que ella desapareciese, esperando un hijo, para buscar a otro hombre, casarse con él, y tener a la niña, todo ello en escaso número de meses?

—Ciertamente, no parece lógico en absoluto. Pero sí explicaría que, más tarde, el marido, al saber que existía un hijo de otro, abandonase a Ivonne con la niña.

—No sé, todo eso suena tan fantástico, tan... tan melodramático...

—Sí, eso es cierto —confesó francamente Vic—. Es todo un puro melodrama. Un folletón terrible, al estilo de los viejos tiempos. También yo me lo he dicho muchas veces. Pero la realidad insólita es que estamos viviendo uno de esos folletones, Lyman. Ella buscaba a su madre. Y la encontró. Ahora sabe que fue Ivonne Laverne, una cantante de *night-club*,

una mujer de vida agitada y frívola. Sólo le queda por saber quién fue, realmente, el primer marido de Ivonne Address, alias Laverne. O, en su defecto, quién fue el padre de ella...

Waldo Lyman asintió. Luego, declaró solemnemente:

—Yo, por mí parte, le juro que ignoro por completo la cuestión. No puedo ayudar en nada a Vivian Velda. Y si realmente fuese yo su padre, lo habría ignorado toda la vida. Y sigo ignorándolo.

* * *

Suspiró, aplastando el cigarrillo en el cenicero. Se apartó del ventanal, dejando de contemplar la madrugada estrellada de Miami. Fue despacio hacia su cama, desabotonando lentamente la camisa, tras haber bajado la persiana.

Se tendió sobre las ropas. No hacía en absoluto frío. El clima era ideal. Dentro, el hotel climatizado daba todo confort a sus huéspedes. Notaba cansancio, pero no sueño. Vic Madden se preguntaba ahora qué podrían hacer en el futuro.

Había encontrado a Ivonne Address, sí. Pero la declaración de Lyman no aclaraba nada más. ¿Quién fue su primer marido? ¿Adónde se encaminó, tras desaparecer de Miami, y por qué marchó de allí?

¿Cuál era el siguiente rastro, el nuevo hilo que condujera a desenredar una parte más de la extraña y oscura madeja?

Entornó los ojos Vic, pensativo. No tenía respuesta alguna para todo eso. Y se temía que tampoco la tuviera Vivian Velda. El Harem había sido una buena pista, pero allí parecía nacer y morir. Vivian avanzó esa noche en pocas horas, mucho más de cuanto pudo lograr durante años en otros países.

Pero quizá era el único paso factible. El único que podía dar positivamente, para luego encontrar ante ella el inexorable muro de siempre. Y esta vez, de forma definitiva.

Se empezó a adormecer. Sus ideas fueron haciéndose borrosas. Quedóse dormido con la luz encendida y el receptor de radio empotrado en el muro, funcionando suave, apagadamente, como una nana para Víctor Madden y su cansancio del día.

* * *

—¡Usted en Miami! Jefe, no entiendo...

—Será mejor que no levantes tanto la voz, Frankie. Esta es una visita de incógnito. Y muy importante.

—¿De veras? —Frankie Reno contempló, sorprendido a Moss Blodell. No era normal que él se desplazase personalmente a parte alguna, para cuidar de la tarea encomendada a sus hombres—. Puede estar tranquilo por la muchacha de oro, patrón. Hoy estuvo en un club nocturno, el Harem, con ese federal y la secretaria rubia. Luego, fueron con Waldo Lyman, el dueño del club, a su residencia, de donde salieron sin novedad, regresando al hotel bien avanzada la madrugada. Todo está perfectamente, y no existe peligro alguno que amenace a la multimillonaria.

—Conforme, Frankie. No vengo a inspeccionar tu trabajo. Sé que será bueno, sin duda alguna. ¿Te ha visto el federal o ha sospechado de ti en alguna ocasión?

—No, en absoluto. Parece un tipo listo. He tomado toda clase de precauciones para que no se fije en mí. Por ahora, parecen tener éxito.

—Muy bien. Sigamos vigilando a la chica con cuidado. Vale mucho.

—Más de mil millones —silbó entre dientes Frankie—. Cielos, ¿cómo se puede tener tanto dinero?

—Dinero, Frankie. Esa es la cuestión. He tendido mis redes. No me conformo con ganar unos miles, y que tú te lleves otros pocos billetes. He pensado que, entre todos, podemos cobrar varios millones y hacer el gran negocio sin tocar un solo pelo de esa chica.

—¿Qué clase de charada es esa, patrón?

—Verás, Frankie. Hemos localizado al hombre que nos paga por proteger a la chica. Vive en Daytona Beach. Ha utilizado siempre teléfonos públicos. Ahora, esta misma noche, ha vuelto a llamar. Y ha cometido un error.

—¿Un error?

—Sí. Utilizó su teléfono privado. Lo hemos localizado en el acto. Y sabemos quién es el tipo interesado en el asunto.

—¿Quién?

—Lo sabrás a su debido tiempo, Frankie. He pedido datos a los muchachos del sindicato, a la agencia de detectives Linx y a otros buenos amigos. Seguro que alguien sabrá de quién se trata. Si averiguo las razones de ese tipo para cuidar de la vida de la millonaria, puede que entremos en conocimiento de algo muy grande y haya dinero en abundancia para todos.

—¿Eso alterará nuestra actitud?

—No sé. No lo creo. Interesa cuidar de ella igual que hasta ahora, en tanto descubrimos la causa oculta de todo esto. Es como proteger a la gallinita de los huevos de oro, Frankie.

—Entiendo. La cuidaré como si fuese mi novia o mi mujer, Ross.

—Perfecto. Yo, entretanto, esperaré a los muchachos de Daytona para saber informes sobre el tipo. Permaneceré aquí, cerca de ti, vigilando también a la millonaria, y esperando posibles acontecimientos.

—Conforme, Moss. Supongo que si nos vemos en alguna parte,

fingeremos no conocernos de nada.

—Por supuesto —sonrió Blodell—. Buena suerte, Frankie...

—Buena suerte, patrón —repitió Frankie Reno, con ironía.

Se alejó Moss en un automóvil oscuro, que aguardaba ante el hotel. Frankie se movió calmadamente hacia el edificio, entre las altas, cimbreadas palmeras movidas por la brisa atlántica.

Súbitamente, en el interior del hotel, en alguna parte del mismo, sonó un largo, agudo grito de terror.

Un grito de mujer.

* * *

Vic Madden se despertó bruscamente, incorporándose de un salto en el lecho. Aguzó el oído, preguntándose si todo era producto del sueño. Solamente escuchó la música en el receptor de radio. Apagó, irritado. Aquel grito podía ser solamente producto de su imaginación, una parte más de un sueño cualquiera.

Percibió un ruido de vidrios rotos en alguna parte, y el apagado golpeteo de cuerpos en el suelo. No muy lejos de la pared que le separaba de los departamentos ocupados por Vivian y su secretaria en el hotel.

Rápido, tomó una resolución. Se puso en pie, tomó su arma y salió al corredor, resueltamente. Se precipitó a la puerta vecina. No necesitó preguntar nada esta vez, ni esperar a escuchar cosa alguna. Dentro, hubo un gemido sofocado. Y ruidos diversos.

Vic Madden cargó contra la puerta cerrada. Esta no cedió entonces, ni tampoco al segundo impulso, pero sí al tercero. Desgajó la cerradura Madden, y penetró en la habitación, antesala de la *suite* de lujo que habían destinado a las dos mujeres en el hotel de Miami.

Un grito ahogado llegó del interior. Rápido, Vic Madden cruzó la estancia, y tuvo que tirarse a un lado, para no ser alcanzado por la bala que siguió al violento foganazo surgido en las tinieblas del interior.

Madden no podía hacer fuego contra los dormitorios en sombras. Podía alcanzar a Vivian o a Ingrid, puesto que ignoraba lo que estaba sucediendo allí dentro en esos momentos.

En vez de ello, Vic Madden optó por mantenerse pegado a la pared cosa de unos segundos y, rápida y bruscamente, girar sobre sí, apoyar el brazo en el interruptor de la luz, y encender esta súbitamente.

Casi le deslumbró, pero más aún a quienes ocupaban la habitación y actuaban en la oscuridad. Oyó una imprecación, y un segundo disparo levantó astillas de la puerta y estucado del muro. En alguna parte, un jarrón de loza se quebró violentamente.

Vic pudo ver ahora toda la escena, fugazmente. Le bastó con eso.

En el suelo, inconsciente sobre la alfombra, yacía Ingrid Thule. Vivian, ligada con unas esposas de acero, y amordazada con una ancha franja de cinta adhesiva, dilataba enormemente los ojos, fijándolos vivamente en Vic Madden, cuya presencia había descubierto en ese instante mismo.

También los tres hombres de la habitación habían localizado a Madden, eso era obvio. Y el federal se hallaba en clara inferioridad numérica ante sus adversarios. Hubo un tercer disparo que horadó el cortinaje, junto a él. Sintió el silbido, rozándole, el brazo armado, que mantenía pegado a la pared, junto al hueco de la entrada a los dormitorios.

Rápido, Vic replicó esta vez sin contemplaciones, saltando de costado y cruzando velozmente el hueco de la puerta de lado a lado. No les dio tiempo a ellos de fijar su puntería, pero él había fijado ya previamente la suya. El estruendo de su automática acompañó a la bala que fue directa al hombre que se estaba inclinando sobre Ingrid, sin duda para cargar también con ella. Los ventanales, tras ellos, estaban abiertos a la terraza del hotel. Y el espejo del tocador, aparecía agrietado, sin duda de resultas de la lucha que allí se sostuvo antes, durante la cual escuchó el ruido de vidrios rotos.

Vic Madden sintió satisfacción al oír el alarido de dolor del hombre, y verle recular, vacilante, con gesto desesperado, llevándose ambas manos al tórax, como si hubiera recibido allí un mazazo invisible.

Luego, un verdadero enjambre de detonaciones y de proyectiles llenaron la habitación, buscando todos el cuerpo elástico y huidizo de Madden, y pasando como un alud por el hueco de la entrada.

Vic apretó fuertemente las mandíbulas. Aquello no había hecho más que empezar. Aún eran dos adversarios, armados y dispuestos a todo. Y tenían en su poder a las dos mujeres, eso no podía él olvidarlo...

—¡Escuche, polizonte! —aulló una voz viril, dentro del dormitorio—. ¡La chica cargada de millones está en mi poder! ¡Intente usted impedirnos la salida, y la mataré, aquí mismo!

Era como si le hubieran oído sus pensamientos. Pero resultaba natural. Utilizaban un valioso rehén. Sabían lo valiosa que resultaba la vida de Vivian Velda, y la utilizaban en su favor, despiadadamente.

Podían estar fanfarroneando. O tal vez no. ¿Les importaba ella viva o muerta? Si iban a raptarla, igual significaba lo primero. Por Vivian, se tendría que pagar un valioso rescate, si el Gobierno norteamericano quería recuperarla indemne, y de eso no habría duda alguna, dada la personalidad de la muchacha. Pero en un caso desesperado, sabiéndolo todo perdido, los raptores podían llegar a la decisión feroz de eliminarla, si con ello salvaban sus vidas.

—Suelte a las dos mujeres —avisó duramente Vic—. No saldrá vivo de aquí, ni con ellas ni sin ellas.

—Está loco —jadeó el otro—. La vida de esa mujer es preciosa para

todos. Usted no arriesgará estúpidamente su existencia, polizonte.

—Se equivoca —Vic también se jugó el todo por el todo ahora. No hay trato. Haga algo a una de esas mujeres, y lo pagará en la silla eléctrica. Si antes no le vuelo yo la cabeza...

Asomó, dispuesto a todo. Tuvo que retirarse vivamente. Una bala rasgó el quicio de la puerta, junto a él. Disparó al interior, en respuesta, pero ineficazmente.

En la fugaz ojeada, descubrió algo inquietante. Además de llevarla consigo como escudo, el hombre tenía apoyado el cañón de su automática en la sien de Vivian. Era obvio que si se veía perdido, haría fuego contra ella.

Otro individuo había cargado ya con Ingrid, inconsciente. El tercero, yacía sobre la alfombra, inmóvil.

—Me juego el todo por el todo, federal —le respondieron—. Asume otra vez y ella será mujer muerta. Eso es todo.

Les oyó moverse hacia la puerta-balcón asomada a la terraza. No podía hacer nada. Algo le decía que el pistolero cumpliría su amenaza. Las instrucciones recibidas, podían haber sido: «Trae a la millonaria con vida, si te es posible. Si no ejecútala allí mismo». Estaba seguro de eso.

No podía arriesgar la vida de Vivian. Ni la de Ingrid tampoco. Pero en su interior, inquieto, notó que temía más por la vida de Vivian Velda que por la de su secretaria. Y no era por el dinero. Al diablo el dinero. Al diablo el interés oficial del Gobierno de Estados Unidos en aquel asunto. Al diablo todo. Era Velda. Sólo Velda...

En aquel momento crucial, en que Vic Madden se debatía en su propia impotencia, ocurrió lo inesperado. Nuevamente, como en el aeropuerto de Miami, un factor imprevisible entró en escena.

Hubo un fragor espantoso de vidrios, y un alarido humano, al tiempo que sonaba una formidable detonación. Dentro de la habitación, rodaron cuerpos por el suelo. Rápido, sin perder un solo segundo, Vic Madden asomó al dormitorio, resuelto a todo, su arma por delante.

El espectáculo era terrible. No quedaba apenas un vidrio de la puerta-balcón. Ahora, eran las dos mujeres, Ingrid y Vivian, quienes yacían en la alfombra.

El raptor de Vivian, se aferraba mecánicamente la cabeza, o al menos el lugar donde tuvo su cabeza, porque ahora todo aquello era pura pulpa sanguinolenta, huesos destrozados y masa encefálica rota. Le habían volado el cráneo con un proyectil de fenomenal eficacia y contundencia. Ni siquiera habían rozado a Vivian para nada. Se trataba, sin duda, de un tirador realmente formidable. Le vislumbró, de pie en la terraza exterior, junto a los macetones de palmas. Empuñaba un corto rifle de ancho cañón, que sin duda disparaba balas de formidable calibre, con una potencia desmesurada. Balas para caza mayor. Balas para cazar hombres.

También le vio, sin duda, el otro individuo, el que aún quedaba en pie. Era rápido el tipo, sin duda condición de su profesionalismo con el revólver. Giró el cuerpo rápidamente y, antes de que el hombre del rifle pudiese manipular de nuevo en su arma, le disparó a través de la vidriera, con un «colb» de calibre 38.

Allá fuera, el cuerpo del hombre del rifle, se agitó convulsivamente, cayendo contra los macetones de palmas. Vic Madden, rápido, hizo fuego contra el que había disparado. Le lanzó contra la pared, y allí pegó un giro extraño, desorbitando sus ojos y tratando de alzar de nuevo su arma contra Vic, en un esfuerzo supremo, en tanto su abdomen se llenaba de sangre.

Desde el exterior llegó otro estampido formidable y otra bala poderosa, que pulverizó virtualmente las últimas energías del secuestrador. Este se arrugó sobre el muro, encogiéndose sobre sí mismo, bañado en violento escarlata, y todo terminó en el hotel.

Se hizo un dramático silencio. Desde el suelo, los ojos dilatados, llenos de horror, de Vivian Velda, se clavaban, incrédulos, en aquella espantosa escena, Ingrid comenzaba a moverse, allá en su emplazamiento, agitándose al recobrar la consciencia.

Vic Madden dejó a ambas, corriendo a la terraza exterior. Se inclinó sobre el hombre del rifle, que en ningún momento se había mostrado agresivo con él.

Comprendió enseguida. Se había dejado caer, sentado en el suelo, apoyándose contra uno de los macetones. Estaba lívido. De su pecho, brotaba un ancho hilo de sangre. Le miró, con una mueca, cuando el federal se inclinó a su lado.

—Terminó la cosa, ¿eh, agente? —comentó con voz ronca—. Ya no podré seguir protegiendo a la chica...

—Esta vez, incluso me protegió a mí —comentó Vic—. ¿Quién es usted?

—Sabrá mi nombre por mis documentos. Frankie Reno.

—Reno... Hubo un pistolero profesional de ese nombre.

—Soy yo —rió el herido, y el esfuerzo hizo que crispara la faz, en una tremenda convulsión—. Frankie Reno, sí... Trabajaba para Moss Blodell. Un buen tipo, ¿verdad, federal? No queríamos hacer nada a la chica, palabra. Sólo defenderla...

—Usted estuvo en el aeropuerto, ¿no, Reno?

—Sí, por supuesto... —trató de sonreír, y lo logró, aunque en medio de una convulsión dolorosa—. Ahora solo queda usted para cuidar de ella... Tenga cuidado...

—¿Cuidado? ¿Con quién? ¿Sabe usted quién desea su muerte o su rapto?

—No, no tengo idea... Se lo prometo.

—Y ustedes, ¿ustedes por qué la protegían? ¿Quién les pagaba por eso,

Reno?

—Moss lo sabe... Un tipo de... de Daytona Beach... No sé por qué lo hacía. Pero debíamos cuidar de la chica...

—No se fatigue más, Reno. Avisaré a la ambulancia.

—Es inútil. Ya no hay remedio.

—No diga eso. Usted sabe que lo hay. Tiene que poner sus medios.

—Vamos, federal, no soy tonto. No me convencerá. Ese tipo me alcanzó bien. Supuse que usted iría por el pasillo, al oír el grito, y yo tomé por el exterior, escalando la fachada de las piscinas... Resultó bien. Eso... eso le complacerá a Moss. Frankie Reno siempre cumple sus trabajos. Hasta el fin...

Era verdad. Lo había cumplido hasta el fin. Vic Madden se inclinó, pasando los dedos por sus párpados. Los bajó sobre los ojos vidriados. Era el fin. El final de Frankie Reno, misterioso defensor de Vivian Velda.

Regresó muy despacio a la habitación. Había alarma en el hotel, corrían los empleados y detectives hacia el ala del edificio donde sonaran los disparos... Vic se inclinó sobre Vivian. Le quitó el esparadrapo de los labios, y soltó sus esposas. De reojo, observó cómo Ingrid Thule se incorporaba despacio.

—¿Todo bien, Ingrid? —preguntó.

—Sí, Madden —suspiró ella—. Todo bien. Solamente me desvanecí...

Giró los ojos hacia Vivian. Ella le estaba mirando, muy fija. Empezaba a sollozar. Vic la confortó, tomándola por un hombro.

—Vamos, Vivian —murmuró—. Todo ha pasado ya. La sacaré de aquí, muchacha...

Ella, repentinamente, estalló en violentos sollozos. Se abrazó desesperadamente a Madden. Y besó sus labios. Vic la oprimió contra sí, profundamente emocionado, sintiendo un hondo estremecimiento en todo su ser.

Tras ellos, Ingrid Thule bajó la cabeza, con expresión grave. Vivian Velda había manifestado claramente lo que sentía hacia Vic, en esos momentos de crisis emocional. Y Víctor Madden, también expresaba ya muy claramente sus emociones.

CAPITULO VII

Moss Blodell negó una vez más.

—No sé de qué me hablan, federal. No sé nada de nada.

—Usted miente, Blodell —replicó fríamente Vic Madden—.

Antes de morir, su subordinado, Frankie Reno, pronunció algunas palabras. Protegía a Vivian por orden suya. Y usted recibía dinero de alguien por hacer eso. ¿De quién, Blodell?

—Ni siquiera he dicho que eso fuese cierto. El pobre Frankie deliraba sin duda. Debió enamorarse de esa millonaria. A veces ocurren esas cosas.

—No me venga con chistes, Blodell —alzó al *gángster* con fuerza, aferrándole de las solapas—. Usted sabe muy bien que todo eso que dice es mentira, y que la única versión real de los hechos es la que Reno formuló al morir. Va a decírnoslo todo, le guste o no.

—No me gusta que me traten así, federal —se irritó Blodell—. He venido a este departamento de policía por la fuerza, y exijo la presencia de un abogado. Tendrá que acusarme de algo delictivo, si quiere molestarme por más tiempo. Y yo no he hecho nada.

—Usted, Moss, tiene que decirnos quién es el hombre que le pagaba. Sólo así podemos llegar hasta la persona interesada en matar a Vivian Velda. Cuando sepamos esto, podremos protegerla mejor. Si usted tenía realmente interés en protegerla, aunque solo fuese por dinero, debe cooperar con nosotros.

—Escuche, Madden. Si realmente la hubiese hecho proteger, no sería delito alguno. Y es de lo único que puede acusarme. Por otro lado, usted solo está haciendo hipótesis. Yo no sé nada, no diré nada, y nadie podrá obligarme a nada. ¿Está claro el asunto?

—No, no está claro. No veo la razón de que muerto Reno, usted siga negando —hubo un destello de astucia en los ojos de Madden.

A menos que...

—¿Qué? —se engalló Blodell—. No va a poderme acusar de nada, y lo sabe.

—A menos que usted busque ganar más dinero. Mucho más dinero. Si sabe algo de alguien, es fácil hacer chantaje, extorsión, sacar más dinero... O sacárselo a Vivian Velda por información. Usted sabe que ella tiene dinero en abundancia, y está usted intentando sacar una buena tajada de

todo ello. Sí, ahora veo claro sus sucias intenciones, Blodell.

—Son suposiciones tuyas. Nadie puede ser retenido contra su voluntad, solo por suposiciones —le miró con descaro—. Madden, será mejor para usted que me deje suelto de una maldita vez, y no se complique más en este asunto. Por muy federal que sea, yo puedo hundirle ahora, si se empeña en complicarme la vida a mí.

Vic Madden le miró fríamente, con ira. Luego, lentamente, se calmó. Sus ojos, aunque igualmente fríos, se fueron serenando ostensiblemente. Al final, suspiró, inclinando la cabeza, malhumorado.

—Está bien —aceptó—. Usted gana. Está libre, Blodell.

—Vaya... —sonrió ampliamente el *gángster*, con cierta sorpresa—. Eso está mejor. Se pone en razón, ¿eh?

—Váyase al diablo de una vez. No quiero verle por aquí.

—Parece que usted se asustó de lo que podía ocurrirle, ¿no es cierto? Pensó que iba a intimidarme fácilmente y dio con la horma de su zapato.

—¡Le dije que se largase, maldito sea usted, Blodell! —Vic le amenazó, furioso—. Y cuanto antes, mejor. No quiero verle por aquí. Pero la próxima vez que lo haga arrestar, tendré pruebas contra usted, de todo su sucio juego por dinero.

—Está soñando —se mofó, burlón, el *gángster*—. Hasta nunca, Madden. Le convendrá vivir alejado de mí... por su propio bien.

Ampuloso, seguro de sí, convencido de su invulnerabilidad, Moss Blodell abandonó la estancia del departamento de policía de Miami, dejando allí a Vic Madden, grave y pensativo, con aparente gesto de contrariedad. El teniente Pearson, de la policía local, estudió a Vic con asombro.

—Creí que realmente había podido echarle las redes a ese pez —comentó—. ¿Por qué le dejó salir tan fácilmente? Se pudo haber intentado algo. Esos tipos, a veces, tienen muchas agallas en principio, y luego se ablandan...

—Lo sé, Pearson —sonrió débilmente Vic, cambiando totalmente de expresión—. Ponga a dos o tres hombres tras él. De los mejores del departamento, eso sí. Que le sigan durante la mañana. Yo me ocuparé de él a partir del mediodía.

—Ah, ¿es eso? —Pearson enarcó sus cejas—. ¿Le da cuerda para que él mismo se ahorque?

—Si es lo bastante tonto para creer que ha ganado esta baza, sí. Es posible que sepa quién les paga por proteger a Vivian Velda. O que simplemente lo sospeche y quiera comprobarlo. De cualquier modo que ello sea, Pearson, quiero que trate de ponerse en contacto con él. Eso sería lo mejor que podría suceder...

—¿Cree que él lo hará? —dudó el teniente de policía de Miami.

—Es muy posible que sí —asintió Vic Madden, pensativo—. Muy

posible...

Tuvo razón. Y no tardó en comprobarlo por sí mismo.

* * *

Había substituido a los agentes de la Metropolitana justamente a las doce y veinte minutos, en el centro de la ciudad. Al parecer, el *gángster* no sospechaba absolutamente nada. Estaba seguro de que nadie le seguía. Vic admiró interiormente a los agentes de Tallahassee. 7000 {2}. Lo merecían, para pasar desapercibidos, actuando como sombras de un individuo tan astuto y difícil como era Moss Blodell.

—Espero tener, al menos, su mismo acierto y fortuna —comentó para sí Madden, al hacerse cargo del relevo, justamente en el punto donde le habían telefoneado los agentes metropolitanos que podría hallar a Blodell con cierta holgura de tiempo: el restaurante de los grandes almacenes Florida Tower, en el centro mismo de la paradisíaca ciudad de millonarios, veraneantes y *diletantes* del gran mundo.

De momento, la tuvo. Blodell comía en una mesa, tras haberse servido a sí mismo. Vic, muy cauto, no entró a comer. Se limitó a pedir un par de emparedados y un café, a la misma entrada del local, en el extremo de su largo y repleto mostrador. Siempre se mantuvo agazapado, para no ser visto por Moss.

Observó que en la mesa inmediata a Blodell, había un hombre fornido, de chata nariz de boxeador, orejas de coliflor, fríos ojos pequeños y duros, y traje de horrible hechura, deplorablemente adaptado a su figura rechoncha. La corbata sobre la camisa gris, era fea y llena de estridentes colores.

«Un guardaespaldas —pensó Vic—. Blodell no va solo a ninguna parte. Eso dificultará más las cosas, aunque el tipo no tiene precisamente rostro de inteligencia...»

Esperó afuera a que Blodell abandonase el restaurante de *self-service* de la Florida Tower. Entonces, lo siguió a distancia, observando siempre que el guardaespaldas no se separaba un ápice de él.

Tomaron un coche negro, de moderna línea, marca «Ford», y partieron a buena velocidad, pero no excesiva. Vic lo siguió, con cautela, conduciendo su coche gris perla, marca «De Soto». Nunca se dejó ver lo suficiente, mezclado entre el abundante tráfico. Corría el riesgo de perder de vista a su perseguido, pero era preferible eso a hacerse notar. Si Blodell notaba algo sospechoso tras de sí, rápidamente impediría que la persecución continuase, dándole esquinazo con ayuda de su gorila o de otro cualquiera.

La fortuna le ayudó. Vic no era tan engreído que imaginara que, solo su habilidad podía resolver la cuestión. De cualquier modo, llevó astutamente la persecución. Y encontró sus frutos.

Eran justamente las dos y diez minutos de la tarde, cuando Moss Blodell entraba en el Atlantic. El Atlantic era un club nocturno que, naturalmente, no tenía la menor vida a tales horas. Solamente funcionaba su barra, y aun eso para los habituales y los clientes conocidos. Lo demás, era como un bosque de mesas, sillas y columnas, sumidos en la penumbra, en torno al claro circular de una pista de baile y actuaciones, con su plataforma para la orquestina.

Vic no cometió el error de entrar tras de Blodell. En vez de ello, entró en una cabina telefónica inmediata. Llamó al hotel. Pidió por la *suite* de Vivian Velda. Y solicitó luego:

—Quiero hablar con la señorita Thule. Ingrid Thule, por favor.

Ingrid se puso inmediatamente.

—¿Quién llama?

—Vic. Vic Madden.

—Ah, es usted... —pareció haber un tono desconfiado en la voz de Ingrid—. ¿Dónde está ahora?

—En un punto de Miami, no lejos del hotel. Otro agente cuida de ustedes entretanto. Me interesaría que viniera a reunirse conmigo.

—¿Yo?

—Sí, usted. Me encontrará ante un club llamado Atlantic, en South Beach. Sólo tiene que enfilear Royal Palm Way hacia el sur. Lo encontrará fácilmente.

—¿Por qué debo hacerlo?

—Porque me hace falta su cooperación. ¿Va a venir o no?

—¿Por qué no llamó a mi señora? Ella podría ayudarle mejor que yo...

—Escuche y no sea ridícula —se irritó Vic—. Ella podría correr riesgos aquí. Se trata de su vida, posiblemente del secreto que tanto anda buscando. Usted es una chica inteligente. Puede ayudarme en esto, si realmente desea ayudar a Vivian Velda.

—Está bien —dijo ella, tras una corta duda—. Iré. Sólo porque deseo ayudar a Vivian Velda, más que ninguna otra cosa en este mundo.

—Conforme. La espero.

Colgó, sonriendo con expresión meditativa. Se preguntó sí, realmente, Ingrid Thule se sentía celosa. Era absurdo, porque debería estar habituada ya a verse desplazada por la personalidad de una mujer de oro, como Vivian Velda. Aunque, en esta ocasión, el oro no contase para nada en los planes de Víctor Madden respecto a la mujer más rica del mundo.

Ingrid no tardó en llegar. Lo hizo en un taxi, que la dejó justo tras el coche gris de Víctor Madden. Este se adelantó por la acera. Ella le miró, con cierta frialdad, sin entusiasmo alguno.

—¿Qué debo hacer ahora? —preguntó—. ¿Intentar contratarme de *strip-teaser* en ese antro?

Señalaba los semidesnudos expuestos en fotografías grandes y bien coloreadas, sobre los afiches del local. Vic se encogió de hombros.

—No creo que eso les disgustara —opinó—. Pero no le pido tanto. Sólo que entre ahí y pida cualquier cosa. Un tipo llamado Moss Blodell está en la barra, tornando algo. Le reconocerá enseguida. Es grueso, fuerte, apoplético, y con cabello rizado y rubio, algo canoso. No tiene confusión posible.

—¿Debo alternar con él?

—Oh, no sea sarcástica. Sólo le pido cooperación.

—Conforme —ella enarcó sus cejas, agresiva—. ¿Qué espera de mí?

—Que estudie a su hombre. Creo que está ahí esperando algo. Puede ser una visita, una llamada telefónica, no sé. Lo que sea, debe estudiarlo, y tratar de estar lo bastante cerca para saber lo que ello sea. ¿Cree que puede hacerlo?

—Creo que sí —sonrió, burlona—. Es posible que incluso alterne realmente con él, para estar más cerca.

—Eso es cuenta suya —Vic se encogió de hombros—. Su táctica es personal. Si se cree capaz de alternar y engañar a un hombre como Blodell... allá usted. Si necesita ayuda, dé un grito. Acudiré enseguida.

—Gracias —mostró su gratitud muy secamente—. Espero que no haga falta. Después de todo, no creo que pusiera tanto entusiasmo conmigo... A fin de cuentas, la dama de oro no soy yo, sino mi señora, Vivian Velda.

Desapareció por la pequeña puerta del club, sin añadir más. Vic tampoco replicó. Pero se quedó perplejo, mirando al lugar por dónde se alejara Ingrid. Así eran las mujeres. Podían complicar lo más sencillo. A él, aparte toda consideración de tipo monetario, le gustaba Vivian, no Ingrid. Al menos, creía sentir algo hacia ella, desligado por completo del dinero. Y ahora, Ingrid Thule sentía celos. Eso era lo peor que podía suceder, a fin de cuentas.

Optó por no fiarse totalmente de Ingrid. Era arriesgado, pero debía hacer algo. Y lo hizo.

Entró en un almacén inmediato. Eligió un «mono» azul, entre una serie de prendas saldadas. Salió con la compra, y entró en un bar. Pidió una cerveza. En tanto se la servían, entró en el lavabo. Se cambió rápido. Al salir, era un perfecto mecánico, con la prenda azul substituyendo a sus ropas habituales. El camarero le miró algo extrañado, pero no dijo nada. Vic apuró a medias su cerveza, y abandonó el establecimiento.

No solo había adquirido el «mono» en los almacenes, sino diversos utensilios en la sección de electricidad y ferretería. Fría, indiferentemente, escaló el muro del club, hasta la caja de los conductores y conexiones del teléfono. Arrancó la tapa de la caja metálica, y maniobró en ellos

abiertamente. Llevaba consigo unos auriculares y unas pinzas especiales, con unos cables. La conexión en la caja fue rápida. Ya había seleccionado el material oportuno en los almacenes. Fingió estar probando el teléfono. Los transeúntes ni siquiera le miraban, porque era un espectáculo vulgar en cualquier ciudad y en cualquier calle. Del club, no salió nadie, por suerte para él.

Vic Madden logró producir la interferencia en la línea, captando los sonidos del teléfono interior. Sabía que debería armarse de paciencia. La gente le imaginaría un funcionario de Teléfonos. Si pasaba uno verdadero o un policía, debería exhibir su credencial del FBI, y esperar que no le acusaran de injerencia en el teléfono nacional, delito federal perfectamente definido en las leyes.

No ocurrió nada de eso. Por contra, fue cuando la fortuna se alió con Vic. Y diez minutos más tarde, sonó el teléfono. Madden escuchaba. Oyó las palabras:

—¿Atlantic Club? Quiero hablar con el señor Blodell. Sí, espera ahí. Moss Blodell. Larga distancia, desde Daytona Beach.

—Bien, espere. Veré si está...

Vic sonrió, con los auriculares pegados a sus orejas, en tanto fingía reparar los cables interferidos por un procedimiento primario, que ya el FBI había utilizado durante décadas enteras, desde las batallas en Chicago contra el gansterismo de Capone.

Una pausa larga. Luego, la voz inconfundible de Blodell:

—Moss Blodell habla. ¿Quién está ahí?

—Linx, de Daytona Beach.

—Oh, entiendo. ¿Qué hay de nuevo, muchacho?

—Muchas cosas. Localizamos el teléfono y al tipo.

—¿Quién es él?

—Un semialcohólico. Se casó con una mujer que tiene un negocio pequeño de fotografía. Viven de eso los dos, pero él maneja el dinero y maneja a la mujer. Es un depravado, Blodell.

—Al grano. ¿Su nombre?

—Miklos. Miklos Jones. Un americano hijo de yugoeslavos. Fue guapo en su juventud. Traía locas a las chicas. Evelyn es su mujer. Creo que la ha arruinado del todo, pero él gasta dinero a manos llenas.

—Sí, lo sé. Miklos Jones... No entiendo bien esto. ¿Algún detalle más de él?

—Cierto, Blodell. Se casó hace años, y no sé si llegó a divorciarse o separarse legalmente de su otra esposa. Ella se llamaba Ivonne. Ivonne Andress. Trabajó como cantante en Miami, con el nombre de Ivonne Laverne...

CAPITULO VIII

—¿De modo que usted ha oído también...?

—Sí, todo —asintió Vic Madden, hondamente preocupado.

—Entonces, no necesito explicarle...

—No, no necesita decirme nada —Vic condujo su coche gris a buena velocidad, aprovechando un claro en el tráfico—. La dejaré ahora con su señora, Ingrid. Cuénteles lo que sucede.

—Se lo contaré... ¿Qué va a hacer usted?

—Ausentarme por cierto tiempo.

—¿Va a Daytona Beach?

—Sí, debo ir allá. Me temo que también Blodell va a hacerlo. Veremos quién se entrevista antes con Miklos Jones.

—¿Supone usted que él... que él es...?

—¿El padre de Vivian Velda? Hay casi noventa probabilidades contra diez de que así sea —aceptó gravemente Vic Madden.

—Un borracho padre de Vivian —se estremeció Ingrid—. Cielos, qué noticia...

—Entonces no debía ser un borracho, sino un guapo gigoló —comentó Vic, pensativo—. Por otro lado, ahora se casó con esa mujer, Evelyn, dueña de un negocio de fotografía... Son cosas extrañas todas. Ese Miklos debe ser una buena pieza. Tiene demasiado dinero, sin embargo. Un tipo como Blodell no aceptaría un encargo así por menos de veinte mil dólares.

—¿Y de dónde saca Miklos Jones el dinero?

—No lo sé. Posiblemente haga chantajes y cosas así. De cualquier modo, es un ser depravado e indigno. Vivian va a llevarse una decepción respecto a su origen, si es ese realmente. Pero ella lo quiso. Usted sabe que aceptó seguir esto hasta el fin, fuese cual fuese.

—¿Lo siente tanto por ella, Madden?

—Lo siento por ella, sí —asintió Vic, sombrío. Meneó la cabeza—. No se merece sufrir tanto como va a hacerlo, cuando sepa la verdad. Por eso me gustaría ver antes a Jones, conocer sus motivos, su modo de ser, absolutamente todo... No hable a Vivian de todo eso. Diga solamente que creo haber hallado una pista en Daytona. Es todo. Lo demás, lo explicaré yo al volver.

—Conforme, Vic. Así se lo diré...

Vic Madden no hizo comentario alguno. Estaban ya ante el hotel. Detuvo su coche. Abrió la portezuela, e Ingrid bajó. Cuando ya cerraba Vic la portezuela y ella iba a alejarse, se detuvo y le miró, patética.

—Tenga cuidado, Madden —pidió.

—¿Cuidado? —rió él—. ¿Con qué?

—No sé... Puede haber peligros en Daytona. Recuerde que no todo estará claro, solamente con descubrir quién es el padre de Vivian. Está... está la persona o personas que desean su muerte.

—No lo he olvidado. Le prometo... le prometo que cuidaré de mí mismo, Ingrid. Gracias por su interés en mi persona.

—No tiene importancia —rechazó ella, empezando a alejarse—. El que usted se preocupe más por mi señora, no quiere decir que yo deba dejar de preocuparme por usted...

Vic arrancó un poco después de que ella hubo entrado en el hotel. En el fondo, Madden estaba pensativo, preocupado. Por un hombre de Daytona Beach llamado Miklos Jones, por una mujer llamada Vivian Velda y por otra, de nombre Ingrid Thule.

—¿Por qué diablos me habré metido en este lío? —rezongó Madden, arrancando de nuevo, a toda velocidad.

Y ahora se encaminaba directamente a la carretera de la costa, rumbo al norte. Directo hacia Daytona Beach.

* * *

El negocio estaba en East Road, en la zona de Palm Wiew, Daytona Beach.

Tenía un rótulo discreto y vulgar en su fachada, sobre la entrada y el escaparate repleto de cámaras fotográficas, tomavistas, películas de diversas marcas y proyectores para diapositivas y films:

«Jones. Fotografía. Material cinematográfico. Alquiler de films amateurs y copias de películas en 8 mm».

Vic empezó a entender algo de todo aquello.

Entró en el negocio. Tintineó la campanilla, y a ella acudió una mujer.

La estudió Vic Madden. Era ancha, fuerte, musculosa. Alguna vez debió ser llamativa, bien formada. Seguía siendo opulenta, pero estaba ajada.

—¿En qué puedo servirle, señor? —preguntó, al salir.

—Busco a Miklos —dijo Vic.

—¿Miklos? No está —rechazó ella—. Yo le atenderé en lo que desee...

—No, no —negó Vic—. Es a Miklos a quién quiero ver.

—Lo siento. En ese caso, tendrá que volver otra vez. ¿Quiere que le dé algún encargo?

—Sí. Dígale que un amigo suyo de Miami, vino en busca de aquel film... El que él sabe.

—¿Film? ¿Qué clase de film?

—Vamos, vamos, señora. Usted me entiende bien —Vic le guiñó un ojo, jugando fuerte a la carta del azar, de la intuición, del presentimiento puro—. Dijo que es uno de los últimos. Mis... mis amigos y yo estamos deseando recibirlo para la primera proyección... ¿De veras no sabe usted nada?

—Espere. ¿Miami ha dicho? ¿Acaso... acaso son el club de solteros?

—Eso es —rió Vic—. El club de solteros. Veo que sabe de qué va.

—No, no sé bien —ella enrojeció levemente, bajo la mirada irónica de Madden—. Es cosa de Miklos. El lleva ese negocio, ¿sabe?

—Sí, claro que lo sé. Pero esa película reciente...

—¿*Las noches de Roma pagana*? ¿Es esa, señor?

—Creo que ese es el título, sí —hizo un gesto significativo—. Bonito nombre, ¿no?

—No sé... —ella parecía tocar el tema con repugnancia—. No me ocupo de eso, ya se lo dije. No me gusta el negocio. Son cosas de Miklos.

—Bien, señora, no se ponga puritana —rió Vic, insultante a propósito—. A nosotros todos esos films nos divierten mucho. Y los pagamos bien, pregunte a Miklos.

—No lo dudo —manifestó la señora, con sequedad—. Pero repito que no quiero nada con ese asunto. Busque a Miklos. ¿Sabe dónde encontrarle?

—Me lo dijeron en el club, pero creo que no lo recuerdo bien...

—Rockdale County, 127. Es el camino de la costa. Allí tiene el laboratorio de revelado de copias, y guarda los films de... de esa clase. Lo encontrará sin duda allá.

—Gracias, señora —Vic se inclinó, doliéndole por ella el papel que estaba interpretando—. Hasta otra vez...

Cerró la puerta vidriera. Creyó oír la cascada voz de la mujer, allá al fondo:

—Hasta nunca, malditos todos, sucios clientes... Sintió una profunda pena por ella. Y subiendo a su coche gris, se alejó hacia el norte, siempre siguiendo la carretera, hacia Rockdale County.

Rockdale County, 127. Un chalet en abandono, en una desierta zona de playa, entre rocas, arena y chillonas gaviotas. Un feo lugar, después de todo.

Víctor Madden detuvo su coche ante el edificio feo y descuidado. La verja se caía de puro vieja y herrumbrosa. La puerta de madera, se pintó de verde manzana, al menos diez años atrás, y su color de ahora era indefinido y triste. El jardín era un amasijo de plantas silvestres, hierbas salvajes y espinos. La gravilla del suelo se perdía bajo hierbajos y matojos ásperos, color parduzco.

El aire del mar era allí salobre, violento y hosco. Las gaviotas se veían formando manadas, allá en los riscos, entre la arena y los moluscos con fuerte olor a yodo y sal.

Avanzó Vic por el jardín, sin dificultades. Entre otras cosas, porque la puerta estaba medio abatida por el aire, el sol, la herrumbre de sus goznes y el descuido de sus dueños. Se preguntó el federal si era posible que allí se alojase nadie con dos dedos de frente y un poco de sensibilidad. Pero indudablemente, así debía de ser, a juzgar por las apariencias. Después de todo, un asqueroso negocio necesitaba un digno lugar para su emplazamiento. Alejado, discreto, sucio y poco frecuentado. Ese cottage en pésimas condiciones, cubría tal requisito sobradamente.

Llegó a su porche. El polvo y los matojos formaban allí un cuadro digno de una vieja ciudad-fantasma del Oeste. No se podía encontrar más desolación y abandono, especialmente en una región que, por contraste, tenía vecina la zona de los millonarios, los veraneantes y los núcleos urbanos de lujo.

Probó la puerta de entrada. No esperaba nada en ese sentido, pero se equivocó de medio a medio. La puerta cedió, chirriante. Se le ofreció el interior de la casa, oscuro y lóbrego, con fuerte olor a humedad.

Avanzó resueltamente. No sabía cómo podría recibir Miklos a sus visitas en aquel lugar. De modo que tomó su automática por la empuñadura, resueltamente, y siguió adelante, sin una sola vacilación, dispuesto a todo.

El corredor era largo, oscuro, polvoriento y maloliente. Lo siguió, solamente con la claridad que se filtraba atrás, a sus espaldas, por la puerta abierta. En algún lugar de la casa, oyó un chasquido. Algo así como el que corta un interruptor o desconecta cualquier aparato eléctrico.

Vic se puso en guardia. Avanzó lenta, prudentemente. El chasquido procedía de su izquierda. De una puerta al fondo. Había luz. Pero muy difusa y rojiza. Como la de un cuarto de revelar.

Llegó allí. No era un cuarto de revelar. Antes de asomar por la puerta, llamó, para evitarse violencias innecesarias:

—¡Miklos! ¡Miklos! ¿Está usted ahí? Responda, Miklos Jones... Soy del club de solteros de Miami...

Nada. Silencio absoluto. La misma luz, el mismo reflejo granate en el suelo cubierto de polvo, con huellas confusas de pisadas...

Vic Madden extremó sus precauciones. Asomó de repente al cuarto mal alumbrado llamando de nuevo:

—¡Miklos, soy un amigo de Miami...!

Nada. Ni una voz. Ni una presencia humana. Sólo la luz roja. La quietud, el silencio. La soledad. Una pantalla blanca, rectangular, no muy amplia, en el muro.

Una cámara de proyectar sobre una mesa, con película en sus tambores. Una silla, otra mesa con rollos de films en cajas de lata circulares... Vic se acercó. Leyó los títulos, a la claridad rojiza de una solitaria bombilla, tras el proyector.

—*Cleopatra y sus favoritos... Sexy... Orgía medieval... La esclava de los vikingos... Roma y sus excesos... Nocturno feliz... Noches de Roma...*

Finalmente, una caja vacía: *Venus rubia*. Sin film dentro. Una fecha en la etiqueta de la caja: «Londres, 1955».

Hacía años de eso. Un viejo film como los demás. A Vic le bastó comprobar dos cintas, extrayéndolas de las cajas respectivas. Sintió asco de que alguna gente disfrutara con cosas así y las pagara a cientos de dólares por sesión. Tiró el celuloide. Luego, se quedó mirando a la cámara de proyección, la rodeó curiosamente, buscando el film situado en sus tambores.

De repente, le Vio.

Estaba caído tras la mesa. El proyector le cubría hasta entonces a su visual. Era alto, fornido, moreno, algo canoso, no mucho. Fue guapo, sin duda, y aún lo era, pese a sus años. En camiseta. Sudoroso, viril, musculoso, sucio...

En la camiseta, dos iniciales bordadas: M. J.

—Miklos Jones... —musitó Vic, sombrío.

Se inclinó junto a él. Le examinó. Estaba muerto, desde luego.

Muerto de un disparo a bocajarro. Una bala pesada le había reventado el corazón, apoyándose sin duda contra aquella camiseta, desgarrándola y ensangrentándola, como a la propia carne del infortunado Miklos Jones...

CAPITULO IX

Asesinato.

Alguien había matado a Miklos Jones. Posiblemente al hombre que fue el padre de Vivian Velda. O a quién, al menos, poseía la clave sobre ese padre ignorado. El hombre que llamaba a Blodell, y pagaba las facturas de su vigilancia sobre la muchacha de oro...

Algo fallaba en el rompecabezas. Algo no entraba exactamente en las cuentas de Víctor Madden que, de repente, cuando creía tener ya el hilo final para desenredar la madeja, se encontraba con un muro. El mismo muro que frenó siempre a Vivian. El fin de una pista. El final de todo...

Irritado, se puso en pie. Era obvio que alguien apoyó su arma sobre Miklos, destrozándole el corazón. Sin duda después de reducirle a la impotencia de algún modo, o bien de golpearle para que cayera. Nadie se deja impunemente apoyar una pistola en el corazón, y espera la muerte apaciblemente. Miklos Jones no parecía, en absoluto, de la clase de tipos que no luchan por su vida desesperadamente.

Fue hasta el proyector. Lo estudió, sombrío. Luego, de repente, se quedó mirando el botón de funcionamiento del aparato. Recordó algo. Un chasquido. Lo accionó curiosamente. Era un interruptor que funcionaba empujándolo abajo o arriba. Chascó. Igual que lo oyera poco antes.

Sus nervios se pusieron tensos. En la pantalla se formó un rectángulo de pálida luz azulada.

Detuvo el proyector con otro golpe de botón, que chascó exactamente igual. El ceño de Víctor Madden se fruncía hondamente. Esta vez no se apagó la luz, porque Vic solo llevó el resorte hasta mitad de camino, en un punto intermedio. Sencillamente, se detuvo la película, sin rodar, y con luz en la pantalla. Un fotograma quedó fijo en el lienzo.

Vic continuaba pensando en el chasquido. Pensó también en Miklos. Al menos llevaba muerto cinco minutos. El chasquido tuvo lugar solo un par de minutos atrás. Miklos «no pudo» accionar la máquina estando muerto. Y no era automática.

La respuesta solo podía ser una: El asesino cortó la proyección. Por tanto, no estaba lejos...

Víctor Madden paseó ante el proyector, se cruzó en su haz de lívida luz. La imagen del film se reflejó un instante en su camisa y volvió a la pantalla. La miró, abstraído.

Pero aquella mujer... Aquella mujer de la pantalla... Su rostro, vuelto hacia la cámara.

—Cielos, lo he visto en alguna parte... —susurró Vic—. Es... es mucho más joven, pero... pero lo vi antes de ahora...

Dejó su pistola en la mesita de proyección, fue a la pantalla, escudriñó aquellos ojos, de un color verde y profundo, lleno de vida... Trató de añadir unos años a aquella muchacha adolescente.

La respuesta le dejó sin aliento.

—¡Cielos! —jadeó en voz alta—. Es... es el rostro de Ingrid Thule, hace diez años...

A sus espaldas, una voz helada sonó imperturbable:

—Acertó, Madden. Es mi rostro.

Se volvió, exasperado, recordando demasiado tarde que había dejado su arma sobre la mesita donde se erguía el proyector.

Allí estaba ella. Ingrid Thule en persona. Con su cabello rubio, con sus verdes ojos. Y con su arma. Con una formidable «Parabellum» provista de silenciador. Recogiendo con la zurda su propia arma, y apuntándole a él con la misma que, sin duda, sirvió para asesinar poco antes a Miklos Jones...

FINAL

—Ingrid... Usted...

—¿Le sorprende, Vic? Acaba de verme ahí, en la pantalla... Ya sabe quién soy...

—No sé mucho... Sólo que hizo cosas lamentables en su pasado. ¿Cómo llegó a secretaria de Vivian Velda?

Ella se echó a reír, burlona.

—Eso tiene gracia. ¿Por qué no pregunta mejor cómo fue que asesiné hace poco a Miklos Jones?

—¿Lo admite, entonces?

—Usted parece saberlo ya muy bien. Es listo, Vic. Desde mi escondrijo, tras aquellas cortinas —señaló las de otra puerta, al fondo de la estancia—, vi cómo accionaba el resorte de proyección, descubriendo que era el sonido que debió oír hace poco tiempo... Luego, de repente, se fijó en esa pantalla. Y me reconoció, aunque hace diez años que me dedicaba en Londres a esas actividades. Supongo lo decepcionado que se sentirá. Pero usted, después de todo, ama a Vivian Velda. O a sus millones...

—¿Otra vez eso, Ingrid? Usted parece amargada por algo, y no sé lo que es... Lo cierto es que, con motivos o sin ellos, mató a un hombre aquí. Va a tener que responder por eso. Corrió más que yo para llegar antes a Daytona, ¿no es cierto? Si no le hubiera hablado yo antes de la conversación que intercepté en el exterior del club, usted nunca me hubiera hablado de ello, para tener más campo libre. Imagino lo que tuvo que apresurarse para ganarme la carrera. Y ganó.

—Tenía que hacerlo, Vic. Este hombre tenía que morir.

—¿Por qué? Es el padre de Vivian. Fue el padre de Vivian Velda, mejor dicho.

—Lo sé. Al menos, fue quien abandonó a su madre, a la niña y ahora vivía de este infecto negocio, y del chantaje.

—¿Chantaje? ¿A quién?

—Déjame terminar, Madden. Cuando acabe entenderá mejor mi posición. Yo tenía que matarle. Era preciso. Sólo necesitaba saber quién chantajeaba a Vivian Velda, desde hacía tiempo, utilizando secretos del pasado para ello. Tenía que ser precisamente su padre... Un ser vil y sin derecho a la vida.

—Eso, los tribunales deben juzgarlo. Y Dios, sobre todos.

—Yo me hice juez en esto.

—¿Por lealtad a Vivian Velda?

—Sí, por lealtad a ella nada más. A la dorada y fabulosa Vivian Velda, dueña de tantos millones... Víctor Madden, escuche esto: ese hombre chantajeaba a Vivian porque había descubierto viejos films de pornografía. Y porque era el único que poseía fotografías de Vivian hasta los dieciséis años.

—Eso, creo que no lo entiendo —habló Vic gravemente, estudiando a Ingrid con cierta expresión tensa en el rostro.

—¿De veras que no, Madden? Le creí más listo...

—Espere —cortó Vic, excitado—. Si eso fue así, supondríamos que Miklos Jones chantajeaba a su propia hija...

—Exacto, sí —le alentó Ingrid Thule, sarcástica.

—Porque el rostro de Ingrid Thule en los films, le sugirió algo a Miklos...

—Sí, sí.

—En suma, porque amenazó con revelar la identidad de esa actriz de viejas películas.

—¡Sí!

—Pero eso solo importaría a una persona: a Ingrid Thule...

—Sí, Vic. ¿Por qué a Vivian, entonces? Adivínelo, señor inteligente...

—Porque alguien había sido suplantado por... por esa mujer de los viejos filmes. Alguien no era quien parecía, y solo Miklos lo sabía, pero todos se hubieran reído de él, si denuncia el caso.

—Sí, Madden... Se acerca a la verdad —había algo diabólico, malévolo y cruel, en los verdes ojos de Ingrid.

—Por tanto, él intentó el chantaje sin decir su nombre ni dirección. Y le resultó bien. Manejaba dinero.

—Sí, sí...

—Una persona no era quien decía ser. Una persona había desaparecido, tal vez asesinada, para ser suplantada por alguien lo bastante inteligente y falta de escrúpulos para ello.

—Cierto, Madden.

—Y de ser Ingrid Thule, ello no tendría gran importancia. Tenía que ser Vivian Velda, la mujer de oro, quien fuese suplantada hace tiempo.

—¡Sí! —casi afirmó salvajemente ella.

—Y ella fue quien pagó el chantaje, aunque descubrió de algún modo que solo su padre auténtico podía conocer la diferencia entre ella y la actual Vivian. A él le interesaba proteger a su gallina de los huevos de oro, aunque sin ningún amor paternal, y pagó incluso a pistoleros para que lo hicieran así. Mientras ella existía, el chantaje era fácil negocio. Vivian, entretanto, buscaba a su padre desesperadamente, pero para asesinarle.

Era algo más que una venganza. Porque ella ni siquiera era la hija de Miklos ya. La auténtica Vivian no existía. Y Miklos lo sabía muy bien. Ella, debía ejecutar a Miklos, que no era, naturalmente, su auténtico padre, porque ella no era Vivian. En suma, Ingrid, no he visto ahí, en la pantalla a Ingrid Thule, sino a Vivian Velda. Es decir, usted es Vivian Velda e Ingrid Thule es Vivian...

Fríamente, soltó una carcajada áspera la supuesta Ingrid Thule, que afirmó:

—Sí, Madden. Sabía que lo entendería. Ella, la mujer a quién usted ama, no es Vivian. Cambiamos los papeles a menudo, para mi seguridad personal, y ella interpreta bien el papel de millonaria... y yo el de secretaria. Ella ignora que yo no soy la auténtica Vivian Velda, sino la que ocupó su puesto hace diez años, cuando trabajaba para Vivian, tras dejar ese cine repugnante, y la asesiné, ocupando su sitio, tras estudiar sus firmas, sus trucos, su personalidad y todo lo suyo. Físicamente, apenas nadie la conocía, salvo sus servidores. Yo eliminé, en un accidente provocado, a todos los servidores. Ingrid entró después a mi servicio y jamás sospechó la verdad. En suma, Víctor Madden: Yo he llegado a sentirme Vivian Velda, y quiero seguir siéndolo. Para ello, tú debes morir también. Te falló todo. Te enamoraste de una falsa Vivian sin un dólar. Y has ido demasiado lejos por llegar a la verdad.

—Sólo siento tener que morir aquí estúpidamente, Vivian Velda —habló Vic, glacialmente—. En cuanto a lo demás, celebro que ella no sea Vivian. Amaré siempre a Ingrid Thule, a la verdadera Ingrid, aun sin un dólar. Lástima que no pueda ser posible, porque vas a poner punto final a mi historia...

—Lo siento, Madden. Me gustas. Sería capaz de amarte. Pero eres demasiado peligroso para mí. Has de morir, como Miklos Jones... Como todos los que puedan decir al mundo que la muchacha de oro no es sino una falsaria suplantadora.

Alzó el arma. Iba a disparar.

Y Vic Madden no podía hacer nada por evitarlo.

Desde el exterior, llegó brutal la ráfaga de ametralladora que terminó con la vida de la falsa Ingrid Thule y la aún más falsa Vivian Velda. La cámara cinematográfica saltó en pedazos, junto con ella, y la cinta de celuloide brincó, enroscándose al cuerpo de la mujer criminal, que caía bajo el alud de balas disparado sobre ella.

Vic Madden giró la cabeza, sobresaltado. Vio llegar a los agentes federales, al teniente Pearson, al inspector Clint Speed... y también a Ingrid Thule, la auténtica Ingrid Thule, que fingiera ser en Miami Vivian Velda.

—¡Ingrid! —gritó Vic, lanzándose hacia ella.

Ingrid se acogió en sus brazos, sollozando, mientras los policías

rodeaban el cuerpo ensangrentado de la mujer acribillada.

—¿Tú sabías...? —gimió ella.

—Lo supe ahora, sí.

—¿Y no te importa...?

—No seas loca. Al contrario, me siento feliz de amar a una mujer, no a mil millones.

—Dios mío, es lo más maravilloso que jamás oí. Yo tenía fe en ti, pero... Oh, Vic, qué horrible venganza la de Vivian.

—¿Venganza? No, es una larga historia más complicada que todo eso. Ya te la contaré más adelante. Ahora vamos. Salgamos de aquí.

Salieron. En el camino, se le cruzó Pearson, sonriente.

—Ella nos informó de que la auténtica Vivian corría peligro en Daytona. Vinimos acá, Vic. Pero antes, capturamos a un tal De Lucca... Un hermanastro de Christopher Velda. Odiaba tanto a Vivian, que quería matarla, porque le arrebató la fortuna de su hermanastro. Era quien enviaba asesinos a liquidarla. Pero últimamente, había entrado en sospechas. Creía que ella no era la auténtica Velda. Llegamos aquí con precauciones, rodeamos la casa y escuchamos el fin de su entrevista con Velda... Por eso intervinimos a tiempo.

—Fueron muy oportunos —suspiró Vic—. Vamos, Ingrid. Vamos lejos de aquí.

Y salieron de la casa. Como huyendo de algo que valía la pena olvidar.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

{1} *Fuerte Knox es el lugar donde se guardan las reservas en oro de Estados Unidos, y se considera el lugar más seguro y más vigilado del mundo.*

{2} *Nombre con el que es conocido el departamento de policía de Miami, porque ese es el teléfono y distrito del citado departamento.*